



Tan rápido

Andrea Pereira

andrealatinlove@hotmail.com

(Montevideo, Uruguay)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Desde que llegué a la ciudad me di cuenta de que la mayor diferencia entre mi vida en el campo y esta nueva experiencia es el tiempo.

Los días en el campo, a pesar de estar muy ocupado, eran más lentos, más largos y parecía que todo era espacioso y libre, aquí sin embargo los espacios son pequeños, casi sofocantes y todo va tan rápido.

Todos nos conocíamos, nos saludábamos, éramos como una gran familia, aquí nadie sabe nada de nadie, tengo muchos vecinos en el edificio en el cual vivo, pero no tengo idea de cómo se llaman, como viven, que necesitan, en el campo estaban más lejos, pero se sentían muchísimo más cercanos.

Después de la enfermedad y posterior muerte de mi padre nos quedaron tantas deudas que mamá decidió que lo mejor era venderlo todo, ella se fue a vivir con su hermana y yo vine a probar suerte por acá, conseguí un trabajo en la construcción y seguí para adelante perdiendo mi norte, ya que creía que iba a morir de viejo en el campo donde nací.

Todo pasa tan rápido.

La tarde que me di cuenta cómo eran los sentimientos del mundo urbano, era viernes, yo venía de trabajar, cansado, con la mirada perdida en una pequeña ventana por la cual los edificios iban desapareciendo, mi mente volaba por plantaciones de papa, cebada y maíz que solo vivían allí, en los recuerdos más profundos de mi ser.

Sentí una especie de energía que me obligaba a voltear la mirada, lo hice y la vi, me miraba muy fijamente, con ambas manos se tomaba del tubo ese que tienen los transportes colectivos para que podamos ir parados y cobrar por un mayor número de pasajeros.

Jugaba con una goma de mascar dentro de su boca, al ver que había llamado mi atención sonrió, lo cual como si fuera un reflejo me hizo hacer lo mismo.



A medida que las personas fueron bajando ella se fue acercando y se paró frente a mí, yo junto a aquella ventanita iba también de pie

-Hola

-Hola señorita-respondí cortante

Ella tambaleando se acomodó frente a mí, bajo la cabeza y subió la mirada, cuando el coche hizo una frenada ella exageró un poco y se dio casi contra mi cuerpo, se rio y volvió a mirarme. Yo subí mis cejas algo confundido, nunca había vivido una situación similar.

No paró de mirarme, sonreírme y hacer movimientos coquetos en todo el viaje, yo le respondía dentro de lo que mi inexperta inseguridad me permitía.

En un momento el coche tuvo que meterse dentro de un túnel poco iluminado, cosa que yo había visto varias veces, ella se aproximó un poco más y por un momento tuve miedo de que su verdadera intención fuera quitarme la billetera por lo cual puse una de mis manos dentro del bolsillo que la contenía.

Después de eso ella rozó muy a propósito su cuerpo contra el mío se dirigió a la puerta, y bajando siguió mirándome.

Pasaron los días, se hizo viernes, la volví a encontrar en el mismo lugar, se paró frente a mí y ató sus rulos oscuros.

-Hola

-Hola señorita

El mismo juego coqueto se repitió, pero esta vez me sentí menos tenso, y pude corresponderle, cuando estábamos por llegar al túnel volvió a hablarme

-Bajate conmigo

- ¿Yo?

-sí, bajate conmigo, voy a estar sola no tengas miedo.

Si bien recordé las advertencias de la gente de mi pueblo sobre los peligros de los ciudadanos, me dije a mi mismo que debía intentarlo, pasando el túnel la seguí.

Tiró el chicle escupiéndolo en el suelo, sin buscar donde lanzarlo, y me dijo sonriendo.

-Soy Maru, vivo ahí- señaló un edificio sin parar de caminar

-ah, bueno.



La seguí subimos el ascensor, el lugar donde vivía era casi igual a donde vivía yo, cuando entramos ella me preguntó si quería agua o algo, le dije que no, entonces me besó y prácticamente me empujó sobre un sofá se sentó sobre mí, me bajó el cierre de la ropa de mi uniforme, rápidamente me tocó, subió su falda de jean, no tenía ropa interior y allí mismo sin mediar muchas palabras me metió dentro de ella y no paró hasta que hizo que terminara, se bajó se soltó los rulos, me volvió a ofrecer agua y me volví a negar, me dijo que si yo necesitaba ayuda para irme a casa, también lo negué, se puso a mirar su teléfono celular, nunca me preguntó ni el nombre, entonces me levanté y fui hacia la puerta, no sabía si despedirme o no, pero al ver que me ignoraba, simplemente me fui.

Me sentí algo confundido y me dije varias veces que seguramente estas cosas pasan en la ciudad.

Al llegar el siguiente viernes, la vi subir de nuevo, esta vez no iba sola, había un joven alto a su lado, se pararon frente a mi, ella ignorándome miraba por la ventana mientras el chico le hablaba de la biblioteca, bedelía, fichas y materias universitarias, que yo nunca conocí.

De vez en cuando ella le respondía, otras veces solo se giraba y le besaba apenas los labios. Me pregunté varias veces si en mi pueblo algo así habrá pasado.

Cada viernes durante meses subió, sola o con su pareja, pero siempre ignorándome.

Hoy es martes, estoy llegando a casa, frente a mi se paró una rubia, se rió, le respondí igual, parece que si, son cosas de la ciudad, quizá dentro de unos meses me ignore igual que Maru, quizás no, o todo quede en esas risitas, ya no me preocupa ni la billetera, ni los sentimientos, total aquí todo pasa tan rápido.



¿Qué hacemos en el tiempo?

Carmen Arely Cadena Pérez

carely17cp@gmail.com

(Tlaquepaque, Jalisco, México.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ernesto cayó en la cuenta de que su vida había estado destinada a llegar hasta ese punto: en que salía con la bendición de su madre y llegaba a su casa, irremediadamente, con la sangre de su padre embarrada hasta los codos. Decidió, porque ya que se supo culpable de su propio destino creía que podía decidir, regresar a casa y tomar un baño.

Apenas unas horas antes, Ernesto bajó el puente peatonal, sin prisa. Se encontró con la escena de siempre: había tantos vendedores que el lugar, a plenas seis de la mañana, parecía un mercado; tomó una calle lateral, una salida a otra avenida importante. Caminó bajo el cobijo de la oscuridad, mientras a lo lejos, como si de repente hubiera caminado mucho, las luces de los locales se extinguían a su espalda. Buscaba la vida, como él se refería a sus robos, a sus veinte años.

Mientras caminaba, pensó en la voz de su madre que, como todas las mañanas, le dio la bendición y, como todas las mañanas, a él le dio mucha pena no atreverse a decirle que en la obra no le pagaban tanto, que esas cantidades de dinero, con las que tenían para comer y para pagar las deudas, salían de otras personas que, inocentes y ajenos a su historia de necesidad, eran las víctimas, como un sacrificio, para luchar contra la pobreza que los acechaba.

Avanzó por algunos minutos, sin un rumbo fijo, hasta que llegó a una larga calle donde localizó a lo lejos a su víctima, iluminada apenas por la luz tenue de una lámpara: era un hombre que bajaba una llanta de su Tsuru negro. Ernesto se fue acercando lentamente, aprovechando los árboles, los postes y los carros para mantenerse oculto en la oscuridad.

Mientras se acercaba, la escena se le hizo familiar: la calle, los autos, el hombre, incluso el silencio del amanecer. Recordó que su padre, al que su memoria se había dedicado a enterrar en un rincón de los recuerdos, tenía un Tsuru negro. Conforme más se acercaba, aumentaba la sensación de familiaridad, como



un *déjà vu* que lo empujaba aún más a seguir avanzando. Se acercó por detrás, y pudo ver que al Tsuru se le había ponchado la llanta; también pudo ver que la puerta del copiloto estaba abierta y que ahí había una cartera y un celular. Se le ocurrió, mientras luchaba con la familiaridad del evento, que podía acercarse discretamente y tomar las cosas e irse; pero el hombre iba y venía, maldiciendo, parecía no estar seguro de cómo cambiar la llanta. Ernesto lo atacó por la espalda.

Cuando se lanzó sobre él, como lo había hecho con otros tantos, para solamente dominarlos con su peso, que rondaba los ochenta kilos, la sensación de familiaridad terminó por ahogarlo en recuerdos: el olor del hombre, la escena en sí. Su ataque no fue efectivo y aquel hombre pudo soltarse.

— ¿Crees que no me la sé, chamaco pendejo?

Y el hombre dejó caer todo su peso sobre él, seguramente unos noventa kilos, y empezó a golpearlo con su puño izquierdo mientras Ernesto, mitad en el mundo real, mitad luchando contra las memorias que se iban recuperando, ya sabía por qué se le hacía familiar: aquel hombre era su padre.

*

Con sus ocho años mal vividos, Ernesto mira a su madre en silencio; ella le mantiene la mirada. No se dicen nada, ninguno toca el desayuno porque ambos fueron golpeados por "El tigre", el apodo que el padre de Ernesto usa para pelear en las noches de boxeo los fines de semana. El dolor de la mandíbula, la hinchazón de la cara, no los deja comer. "El tigre" decidió anoche que ambos lo habían llevado al límite y que ninguno de ellos le estorbaría en la búsqueda de sus sueños.

Su casa, apenas de un cuarto, un baño, una pequeña cocina, una pequeña sala y un patio, apesta a sudor y a humedad. En la sala, si es que así se le puede llamar, solo hay pesas, cuerdas y un saco de boxeo colgando que amenaza con pronto tirar el techo. Y junto a la puerta, en una bolsa negra, las deudas están acumuladas, esperando el día en que "El tigre", más bien, su esposa, pueda pagarlas.

Ernesto y su madre comparten, en silencio, una complicidad de ojos café claro, que es cortada por la voz de su padre.

— Ya estuvieras en el carro, cabrón.

Su padre toma las llaves y se pone su perfume apestoso, el que él y su madre tanto odian. Ernesto toma su mochila y se acerca para besar a su madre en el cachete. Ella abraza al niño con fuerza.

— Perdón. Todo estará bien. Te amo.



Él la mira y asiente, confía en que todo estará bien, porque ya tienen un plan: van a huir, solo quieren esperar a que llegue el sábado, que "El tigre" Hernández vaya a pelear, jurando que esta vez sí ganará y que pronto su sueño de ser boxeador profesional se hará realidad; tras su victoria o derrota, da igual, solo tienen que esperar a que se emborrache.

Son las cinco cincuenta de la mañana. Ernesto se sube al carro, el Tsuru negro que su padre tanto cuida, porque les jura a sus amigos que lo llevará a la fama.

En el camino hacia la escuela Ernesto no habla si su padre no se lo pide. Lo escucha quejarse, mentar madres y padres, y Ernesto observa el tráfico en el periférico. Los carros avanzan con lentitud y su padre, tan desesperado por deshacerse de él y llegar a entrenar, toma una lateral, sin estar seguro de cómo va a llegar hasta la escuela a través de ese camino. Avanza varias calles, mientras el tráfico se desvanece por el retrovisor, da una vuelta a la derecha, por una calle vacía, llena de árboles y autos viejos varados desde hace mucho tiempo. De repente el sonido de una explosión los asusta.

Fue la llanta delantera, se ponchó. Su padre avanza un poco, raspando el metal de la base contra el pavimento. Los reclamos van hacia el pobre Ernesto: que si porque se había tardado, que porque siempre estaba jugando en la cochera y seguramente algo había hecho. El niño escucha y baja la cabeza, como tiene que hacer siempre que su padre lo regaña. Puedo escuchar cómo su padre se baja del coche y abre la cajuela. Lo escucha maldecir, ir del frente del carro a la cajuela, bajando y subiendo cosas, intentando cambiar la llanta, golpeándola. Ernesto se mantiene en silencio, con la cabeza baja, tratando de ignorar a su padre, concentrándose en el dolor de la mandíbula, que amenaza con caerse. Hasta que escucha un ruido que lo hace levantar la cabeza, y la voz de su padre, que grita, lo asusta:

— ¿Crees que no me la sé, chamaco pendejo?

Y cree que se dirige hacia él, pero cuando se desabrocha el cinturón y se asoma por la ventana, temiendo lo peor, puede ver a su padre golpeando a una persona en el piso.

*

Doce años habían pasado. Había olvidado por completo el dolor que aquella mano izquierda causaba. Durante toda su infancia había deseado que esa mano pudiera llegar a ser lo suficientemente fuerte para llevar a su padre a su sueño de ser boxeador y ya por fin dejarán, él y su madre, de ser víctimas de sus fracasos. No había mucho tiempo para recordar aquella infancia, porque en ese momento recordó



toda la escena, vista desde allá arriba, desde la ventana del Tsuru. Recordó entonces que su padre forcejeaba con un hombre, al que le ponía la paliza de su vida, y recordó que vio una navaja en el asiento del copiloto, y que, cuando su padre se levantó de golpear al hombre, él le aventó la navaja, en un intento repentino de querer que todo terminara.

Su padre, a Ernesto no le cabía duda de que era él, efectivamente se levantó, burlándose y repitiendo, “¿sabes con quién te metiste?”. Iba a recargar pilas, a estirar los músculos, y Ernesto pudo ver una mano infantil que salió un poco del auto y le aventó un objeto al suelo. Y fue por instinto, por repetir lo que había visto hacía doce años, que Ernesto tomó el objeto, vio que era una navaja, la sacó y con todas las fuerzas que tenía, que no eran muchas, se levantó y se abalanzó sobre su padre, con la navaja de frente.

Fueron más de diez puñaladas las que le dio. Y hubiera podido seguir, pero de repente recordó al niño en el carro. Se preguntó si no había soñado todo, si toda su vida a partir del día en que vio a su padre ser asesinado no había sido un sueño. Pero no, la cara le sangraba, la mandíbula le punzaba, justo como aquella vez, cuando estaba del otro lado. Se levantó y se asomó al carro, y vio al niño: era él. Él, Ernesto de doce años atrás. Por un momento, no supo cuál de los dos era, porque ambos se miraban fijamente. Y sin saber qué decir o qué preguntar, el Ernesto de veinte años dijo:

— Dile que huyó, que fue a perseguir su sueño de ser boxeador, que te bajó en una parte del camino y no supiste más.

El pequeño Ernesto, así como él aquella vez, no pidió explicaciones, y se bajó del Tsuru: sabía lo que tenía que decirle a su madre. Se miraron por última vez, el pequeño Ernesto sin saber que aquel que veía era él mismo; el Ernesto grande sin saber cómo era posible lo que estaba pasando. Se miraron a través de sus ojos café claro, hinchados, punzantes. Miraron el cuerpo de su padre y cada quien tomó un camino. Entonces Ernesto fue consciente, mientras caminaba, de que el destino del pequeño estaba trazado ya: todo lo llevaría hasta ese momento, donde tendría que enfrentarse a ser el asesino de su padre.

A la distancia el mercado iba apareciendo, mientras la oscuridad se disipaba. Se refugió en la idea de que podía elegir sobre su destino, a fin de cuentas, de niño se dio el arma para, de joven, asesinar a su padre. Entonces, creyéndose dueño de su destino, iría a su casa a tomar un baño, a limpiarse su sangre y la sangre de su padre, y ahora sí, buscaría un mejor trabajo. No sería como su padre, un soñador que hería por no alcanzar sus metas. No. La sangre de su padre no se habría de escurrir en vano.



*

Pasarán ocho años cuando se vuelvan a encontrar. “El tigre” Hernández tendrá diez y ocho años, una esposa embarazada y un trabajo con poca paga cuando Ernesto, de veintiocho años, ya como chofer de una empresa y con un salario estable, se lo tope en un bar de paso. Entonces Ernesto no reconocerá que el tiempo dejará de funcionar como siempre, que el joven frente a él, bromeando con los hombres del bar y retandolos a pelear, jurando que va a ser un gran boxeador, será su padre. No sentirá la familiaridad en el joven, como aquella vez cuando lo asesinó. Y “El tigre”, como le dirán a Fernando por su instinto territorial, será, de acuerdo a palabras de los que asistirán a las peleas de box locales, un boxeador con futuro, pero un soñador con poco carácter. A Fernando los promotores no le verán mucho futuro, por su carácter tan inestable y su vanidad, pero ya le habrán conseguido una pelea importante que, de no ser el tigre como será, lo llevaría al éxito.

Pero esa noche, en que padre e hijo se toparán sin conocerse, “El tigre” retará a Ernesto porque, decía, se había sentado en su lugar. Ernesto, tranquilo, sin tomarlo en serio, se negará a pelear y el joven se abalanzará sobre él. Lo tirará de la silla en que estará sentado y lo empezará a golpear con la mano izquierda. Pero la caída será suficiente. Ernesto morirá instantáneamente y “El tigre” saldrá huyendo.

Y será así que “El tigre” huirá, cargando con su esposa embarazada, con su carácter inestable y con la carga de un muerto de ojos café claro, al que culpará de sus fracasos, y al que encontrará cada vez que mire a su hijo y a su esposa. Y a partir de ese momento no le importará la sangre que se derrame si él algún día logra su sueño.



Acabados victorianos sobre piel de porcelana

Carmen Fernanda Gutiérrez Albarrán

maddiecar@gmail.com

(Guadalajara, Jalisco, México.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Entonces fue como si te mirara por primera vez.

Finos rizo azabache caídos sobre tus orejas, ojos de la profundidad y el color del mismo mar, ropas finas, holgadas sobre las que se adivinaba un cuerpo delgado.

Y por supuesto la piel, tan pálida y delicada como porcelana fina.

Una sonrisa melancólica se dibujó sobre tus labios cereza.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Y ya no quería dejarte ir.

Los pedazos de tu historia revivieron en mi memoria, era demasiado tarde para mirar atrás, el reloj corría, el destino estaba sellado y yo ya había hecho mi decisión hace ya mucho tiempo. Sin embargo, tengo tiempo para hablarte, aunque solo sea en mi mente, para verte a los ojos y contarte una última historia, todo aquello que nadie jamás sabrá para compartir mi cruz por cargar por el resto de los siglos.

Entonces, ¿por dónde comienzo?

Quizás por aquella tarde de enero hace cinco años, donde un estruendo resonó en los pasillos del internado, cuando Anya te trajo agarrado por la fuerza de la muñeca hasta que te tiraste al piso forcejeando, gritándole en un idioma bastante florido para un niño de doce años, las miles de maneras en las que tratarías de asesinarla si no te dejaba ir en ese mismo instante.

Tuve que bajar de mi despacho para poner orden y bajar de inmediato para calmar la tormenta que habías traído, pues temía que con tus gritos despectivos incitara a los demás niños a iniciar una revolución. Después de ponerte en tu lugar con el viejo arte de las palizas con tabla tus ojos estaban plagados de lágrimas reprimidas, sin embargo, con cada gota de vergüenza destilabas el amargo sabor del odio. Supe con una sola mirada que estabas destinado a ser un busca problemas.



Cuando Anya y yo conseguimos sedarte con pastillas para el sueño, ella me contó la historia. En aquel momento en que te vio tu nombre era Merlín, un huérfano que husmeaba en la basura de barrios altos en busca de chatarra para vender o sobras de los platos gigantescos, propiedad de un chatarrero al que Anya le pagó una cantidad exagerada por quedarse, pues supo con una sola mirada que tenía que traerte ante mí.

Al principio no entendí el porqué de la molestia, pero, ante la insistencia de Anya, te di la oportunidad. Cuando logré inspeccionarte en medio de tu inconsciencia anestesiada, miré de cerca, descubrí tus facciones detalladas en porcelana pálida, el cabello rizado azabache, los profundos ojos azules, que incluso con la mugre, el hedor y la grasa, capturaban esta cautivadora aura de belleza victoriana que rogaba ser pulida, amoldada, descubierta cual diamante en bruto.

Siempre me enorgullecí de mis dotes como criador y confeccionista, solía presumir de mis dotes en la alta sociedad, alardeando que no había un buen objetivo que pudiera escapármese cuando tenía el ojo puesto en ello. Pero ¿acaso decía la verdad? Estaba alcanzando los sesenta, y aunque me había duchado en el reconocimiento de la gloria durante los últimos años, jamás sentí mi corazón arder sobre un reto conquistado.

Mi mente fantaseó viendo la imagen de un muchacho tan bello comportándose con la propiedad de un noble, saludando con todos los modales a las grandes esferas, encantando a la sociedad con una sola mirada, hablando con perfume en su aliento. Sin embargo, me topaba de frente con una tormenta, reconocía a un buscapleitos cuando veía uno, no sería fácil de romper para construir de nuevo.

Pero ¿Acaso no era eso lo que estaba buscando... un reto?

Ahora, la mirada perdida de un niño sedado reflejaba de vuelta mi rostro anciano, expectante, perdido, esperando una respuesta.

Sentado con los ojos sobre ti, tomé la decisión de hacer de este el pináculo de mi carrera, la más bella prueba final de mis talentos.

El regocijo de mi nueva meta murió en cuanto abriste los ojos.

Tenía razón, Alec, eras un tifón andante. Atormentabas a las mucamas del internado, provocabas pleitos entre los muchachos; les jalabas las faldas a las niñas y les arrebatabas sus muñecas. No tardé en darme cuenta de que esto no resultaría si me confiaba de mis habilidades. Si quería ganar el reto de mi vida, tendría que poner el empeño de mi vida.



Te separé del resto de los niños y tomé el paso más arriesgado que alguien con mi profesión podría tomar: lo instalé en mi propia casa.

Comencé con las pruebas más difíciles, solo para calmarte los ánimos de convertir mi hogar en un desastre. Te puse a cargar los libros más pesados de mi biblioteca sobre tu cabeza, con la espina tan recta que solo de verte echaba los hombros hacia atrás con la ilusión del peso arriba de mí. Te hice leer hasta que pudieras recitarme los versos de la poesía más exquisita sin trabar la lengua, te dejé al cuidado de la más refinada bailarina para que te diera lecciones de dos horas al día.

El agotamiento en el que te dejé los primeros meses me tiñó el paladar del dulce sabor de la esperanza. Creyendo haber domado tu rebeldía, me confié en dejarte sólo encargado de la servidumbre para ir a unos mandados. Ese mismo día regresé para encontrarme la atroz pintura de una palabrota sobre las paredes de mi alcoba.

Desquité toda mi frustración sobre ti. Te golpeé con el bastón sin piedad, sin pensarlo un segundo, sintiendo mis esperanzas desvanecerse sobre mis dedos, la gloria escapar con cada golpe que te asestaba en el cuerpo.

Te quebré dos costillas.

Lo noté cuando el susurro de un crujido hizo que después de aguantar todos los golpes con la cara desafiante, firme; me suplicaras entre lágrimas que me detuviera.

De vuelta en mi cuerpo, me horroricé de la mirada profunda de pánico que me reflejó sobre tus ojos enormes. Llamé a gritos a la mucama pidiendo que me ayudara a traer al médico del pueblo.

Pasaste dos semanas en cama. Te negaste a verme.

Aunque, ni podías ordenarles a las mucamas que no me dejaran pasar, ni tenías las fuerzas como para levantarte a cerrar la puerta; las pocas veces que junté el valor para visitarte, te negabas a levantar tu mirada del piso o pronunciar una sola palabra que se saliera del esquema estricto del “sí” y el “no”.

Mi frustración llegaba a su punto de ebullición. Repasé todos y cada uno de los métodos ancianos del manual, examiné a profundidad las memorias de los niños que vinieron antes de él, el millón de caras que crie, todas sus andanzas, errores y enojos. Pero no pude encontrar ni un atisbo tu ímpetu indomable en alguno de ellos.



La desesperación me llevó a rebuscar aún más hondo que en mis propios recuerdos, directo hacia la materia gris de mi cerebro.

Fue entonces que caí en cuenta de que nunca te conocí verdaderamente.

¿En qué piensas, muchacho? ¿Quién eres? ¿Quién fuiste?

El impacto de chocar con las preguntas me arrebató el sueño. Fui enviado directo a un estado de inquietud, en el que mi cerebro no conseguía más que rebotar de nuevo al misterio, toparme de frente con tus ojos azules, con un relato incompleto del que solo encontraba el atisbo de una historia fragmentada.

Nadie podía conocerte a profundidad. Anya solo compartió los detalles que supo al instante. Merlín, hijo de padres sin rostro que lo regalaron a un chatarrero para pagar sus deudas, descendencia de la calle, hambre perpetua pesando en el estómago, melancolía sobre tus hombros.

La falta de piezas me forzó a buscar respuestas, entre los espacios recónditos de mi mente, traté de invocar la reflexión que necesitaba para ver a través de tu mirada. ¿Qué sería yo? ¿Qué sería yo si todo lo que alguna vez hubiera conocido me fuera arrebatado? ¿Si un montón de extraños me arrancaran todos los pedazos que alguna vez me pertenecieron, para reemplazarlos con unos alienígenas, unos falsos, las reglas estrictas de una tierra extranjera? Entre más reproducía las escenas, más me convertía en ti; más desolado, desesperado e impotente me sentía. Los sentimientos se entrelazaron en mi cuerpo recostado, obligándome a dar vueltas sobre mi cama hasta la llegada de las náuseas.

Cuando tuve que levantarme para lavarme la cara tratando de apartarme de ti, me di cuenta de que ya no podía volver a mí mismo. No como antes, no como aquella figura lejana e impasible que fui. No. Había llegado muy lejos, no podía dar marcha atrás. Necesitaba el triunfo, pero no podría obtenerlo como creí.

En un solo impulso acalorado, abandoné la habitación; caminé a tientas por la oscuridad de mi mansión hasta dar con el cuarto donde te dejé. No llamé a la puerta. Cuando entré con la fuerza de los vientos de octubre, me hallé con tu imagen insomne, viéndome de vuelta a través de la oscuridad con aquellos ojos.

Por la forma en la que tu cuerpo entero se contrajo tras las sábanas, adiviné que te preparabas para un segundo ataque de ira. Sentí una punzada terrible de culpa. Traté de calmar tus músculos tensos con un ademán gentil desde donde me encontraba. Sin embargo, sabiendo que no sería suficiente, dejé que las palabras que me carcomían inundaran el aire.



No sabía cómo comenzar, pero de alguna manera conseguí hilar un inicio. Te conté palabra por palabra, detalle a detalle, todo lo que había hecho, porque estaba aquí, porque te apartamos. Te conté de los niños que vinieron antes que tú, cómo todos contaban una historia parecida a la tuya, abandonos, miseria, hambre. Te hablé de cómo al principio los traía yo mismo al internado, pero luego los trajo Anya. Describí cómo, al inicio, el internado no era tan grande, y las lecciones eran más cortas, pues los mismos niños tenían que barrer los pisos. Narré cómo fueron aprendiendo todos los modales de la alta sociedad, tal y como yo aprendí cuando solo era un muchacho. La disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos y las repeticiones; todos ellos fueron los acompañantes de mis jóvenes pupilos; rondaban por los pasillos, comían en nuestra mesa, dormían con los alumnos. ¿Y todo para qué? ¿Por qué tomarse la molestia de soportar a tantos niños? ¿Para qué el esfuerzo? ¿A qué costo? ¿Con qué fin?

Fue entonces que pude mirarte directo a los ojos, hablarte por primera vez en lugar de contarte una historia. Te dije que los niños aquí se iban cuando cumplían la edad adecuada. Sería cuando armaban sus maletas y partirían en el carruaje que les tenía preparado desde el patio trasero.

“Las grandes casas de Europa, las familias de Du Pont, Évreux, Cleveland, Stuart, todos acuden a mí.” Dije. “Tienen un secreto, Alec, un secreto que yo les puedo ayudar a mantener. Puedo darles hijos a las familias que no pueden tenerlos, puedo reemplazar al único heredero muerto por uno con los mismos modales, la misma educación. Puedo otorgarles damas de compañía, primos lejanos, amantes, prometidos y yernos.”

El impacto sobre tu rostro me obligó a terminar el relato.

“Yo los entreno, les doy un hogar, les digo los escenarios; les presento a las familias mucho antes de que estas acudan a mí.” La seriedad cubrió mi faz cuando lo miré a los ojos. “Es una vida actoral, una vida de engaño sosteniendo la obra más peligrosa, soportando el escrutinio más minucioso de todo aquel que no pertenece a la esfera. Es duro, pero es mejor que hurgar en despojos para pasarse el hambre.”

Tenía la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperaba el desenlace. Y creo que tú, lo sabías.

No pudiste más que devolverme la mirada, con tus ojos más profundos que nunca, tu mente perdida en el pensamiento. Apartaste el rostro y observaste la pared, desorientado, confundido. Quería que preguntaras algo, que me reclamaras, que dijeras lo que fuera. Pero no sucedió.

Agregué lo último que saldría de mi boca, un último esfuerzo.



“Estoy viejo, Alec. No tengo mucho más que hacer en este mundo. Tenía la esperanza de que pudieras ser mi último trabajo, el último soplo, mi obra maestra. Mas no tengo el derecho de decidir, lo entiendo ahora. Solo tú puedes decir qué sucederá de ahora en adelante. No te condenaré a una vida de engaño, no si no hacemos esto juntos, como un equipo.”

Tus ojos rebotaron de la pared al techo, se perdieron en las grietas mientras tu rostro parecía envejecer entre más pasaban los segundos.

Entonces, respondiste.

“¿Una vida de engaño a cambio de seguridad, de una casa, de lujos?”

Dirigiste tu mirada hacia mí. Solo pude asentir con la cabeza.

Una sonrisa se dibujó en tu rostro.

“Sólo con usted, Monsieur. Sólo si estará conmigo cuando haga alguna mierda estúpida.”

De cierta forma, fueron justo aquellas palabras lo que nos trajo aquí.

Fueron cinco años de entrenamiento. Cinco años en los que la disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos, las repeticiones, se sentaron en nuestra mesa, durmieron en nuestras camas y caminaron nuestros pasillos.

A los catorce, podías dominar los modales culinarios a la perfección, mantener el hilo de una conversación casual tanto de vinos como de literatura. A los quince eras un bailarín grácil con la postura casi perfecta, con el paladar entrenado, con el cabello calmado de flequillo rebelde que te dio una apariencia más juvenil. A los dieciséis pude regresarte al internado para que practicaras las charlas y los buenos deportes con los alumnos mayores, que estaban por retirarse. A los diecisiete, podías conversar en coqueterías con las muchachitas, ejercer política teórica, recitar prosa memorizada, discutir con los muchachos más arrogantes sin perder el temperamento.

Cada logro, cada momento de gloria en el que dabas un paso más hacia la perfección; miraste en mi dirección. Con una amplia sonrisa me preguntabas un simple: “¿Qué tal, Monsieur?”. A la espera, con paciencia, con la promesa de una vida entera por delante, conmigo como tu aliado, como tu eterno maestro. Jamás estuve más orgulloso.

Jamás me sentí tan culpable.

Quizás fue mi orgullo lo que nos llevó a este preciso momento en el tiempo, este en el que te veo, este en el que te dejo ir más pronto de lo que debería.



Te presenté a la sociedad con un grito en el aire, en la gala más lujosa a la que tendría acceso en todo el año. Ya ni siquiera puedo recordar qué se celebraba con un nivel tan grande de elegancia, tal vez una boda entre familias, ya no recuerdo. Sin embargo, sí recuerdo la preparación, el alboroto que se hizo cuando anuncié la llegada de mi invitación, la envidia de los ojos posados en ti cuando dije que serías el único con el honor de acompañarme. Nada pudo arrebatarme del regocijo de notar el brillo de tu mirada cómplice reflejándome de vuelta, el trato silencioso que creamos. Supimos entonces que era este nuestro momento, no habría una mejor oportunidad que esta.

Nos preparamos con una antelación abrumadora, nos tomamos días enteros perfeccionando los saludos, los manierismos, imaginando todos los escenarios que se nos ocurrieran para preparar respuestas. Cada prueba, cada pregunta necesaria fue repasada con la mayor atención al detalle. La servidumbre entera se dio a la tarea de actuar como los nobles para prepararte. Cuando el día llegó nos acicalamos como reyes, en las ropas más finas, con los caballos limpios y la carroza reluciente, partimos hacia la gala.

Jamás olvidaré tu rostro iluminado por las miles de luces, tus ojos inmensos abiertos como los de un niño. Desprendiéndote de todo protocolo que tendría que seguir en la noche, me miraste, con la sonrisa más sincera pronunciaste una sola frase:

“¿Qué tal, Monsieur?”

Una punzada de remordimiento recorrió mi cuerpo en un escalofrío. Mi mirada se tornó vidriosa.

Pero ya tendría tiempo para preocuparme de esto después.

O al menos, eso pensé.

Sí, la gala fue un éxito. Cada muchacha que pudiera sonrojarse, lo hizo; cualquier caballero que quisiera discutir, quedó complacido ante tu charla amena, con tu fabulosa habilidad para escuchar y hacerlos sentirse escuchados. Fueron los mejores modales, el rostro más bello que se robó la noche.

Las madames, los monsieurs, se acercaron para elogiar mi trabajo. Yo les agradecía con una sonrisa entrenada, tomaba el cumplido, me bañaba en la victoria haciendo que mi mirada revoloteara hasta ti a ratos, solo para recordarme que este era un trabajo de dos, que esto era más nuestro triunfo que el mío.

Entonces, los grandes señores levantaban tu mano, me hacían un ademán corto para acercarme y, hablándome al oído, formulaban la pregunta.

“¿Cuál es el precio, Monsieur?”



Era en aquellos momentos, que regresaba a la realidad.

Bloqueé la pregunta con la mayor delicadeza posible. *“No, todavía no estaba en venta”. “Sí, estaba esperando a que estuviera en su punto”. “No, no planeaba cotizar un precio hasta la siguiente primavera”.*

Conseguí apartar a la mayoría. Evitar las invitaciones a cenar en privado, a discutir la situación más a fondo; las ofertas de abonos y de dinero de apartado, todos rechazados a pesar de la insistencia.

Creí que lograría pasar la noche, creí que mi orgullo aguantaría, por el bien de ambos, para verme reflejado nuevamente en tus enormes ojos azules.

El estruendo de la puerta, el jadeo sorprendido de la multitud, fueron la última campana que completó la alarma.

“Abran paso a su majestad.”

El resto fue inevitable.

La velada pasa en destellos dentro de mi memoria. La sensación de la fiesta, el muchacho al que querían presentar, el simpático Alec. La reina con su mano besada entre tus labios finos, la risa cristalina desatada por tus chistes, el asiento principal desde el que me viste con una sonrisa, su majestad preguntando por el *tutor*, el cuarto privado, la oferta que no podía rechazar. Mi orgullo, siempre mi estúpido orgullo. El *“sí”*. El contrato. La frase.

“Quizás me hubiera resistido; pero la piel...”

Una sonrisa.

“Tiene una hermosa piel de porcelana.”

Y ahora han pasado los meses. Ahora te he repetido la misma mentira hasta que mi corazón duela. Ahora te he preparado, ahora te he dado de comer los mejores manjares, ahora he mandado que cuiden tu piel de porcelana.

Ahora estamos aquí, justo aquí, donde tengo la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperando el desenlace.

Y aún no lo sabes.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Ahora tomamos el mismo carruaje de aquella noche, ahora te despiden con gritos alegres los niños del internado; te ruegan que escribas de vuelta, solo yo sé que jamás sabrán de ti de nuevo. Ahora me topo con



el rostro de Anya quebrado en millones de trozos, quien se despidió de ti con un beso en la mejilla, y lloró en tu hombro sabiendo que me rogó cada día que no lo llevara con ellos. Ahora me aguanto el dolor de la garganta y la boca seca mientras tú estás brillando de la emoción; con tus maletas detrás de nosotros, sabiendo que terminarán detrás de un armario sin dueño para siempre. Ahora te oigo reír mientras partimos, me cuentas todo lo que piensas hacer en cuanto pises la mansión, las técnicas que piensas usar y, por un momento, utilizas las mismas frases con las que yo te enseñé a hablar. Ahora suelto una lágrima. Ahora tú lo notas y pones una mano en mi hombro, pidiéndome que no te extrañe recordándome aquella promesa.

“¿Estamos juntos en esto, no Monsieur?”

Ahora llegamos al palacio. Ahora el conductor baja y fuma una pipa. Ahora el mayordomo nos avisa que la señora yace dentro, que no puede esperar a ver al famoso Alec. Ahora le preguntas si debes bajar las maletas, el mayordomo responde que será mejor que alguien venga por ellas. Sé que miente.

Ahora esperamos. Ahora avisan la llegada de la gran señora. Ahora te besa la mano. Ahora pide hablar contigo en privado. Ahora ella me dirige un guiño imperceptible. Yo trago saliva.

Ahora ella te conduce por el pasillo, te presenta lentamente a sus compañeros, a la nobleza distinguida de amigos y conocidos que saludas con una reverencia perfecta.

Ahora se pierden en el pasillo.

Ahora los sirvientes cierran las puertas y el mayordomo me conduce a una oficina.

Ahora con una sonrisa cínica me extiende el sobre y cuenta el dinero.

Ahora siento náuseas mientras recojo el paquete.

Ahora salgo por el pasillo, pero no puedo seguir, me detengo.

Ahora escucho un murmullo lejano, apenas un inicio.

Ahora el murmullo es un llanto.

Ahora el llanto es un aullido. Un aullido de dolor.

Ahora súplicas. Ahora golpes. Ahora un ahogo. Ahora gritos, solo gritos que no se detienen, gritos desgarradores, gritos de un animal cercenado.

Llantos.

Llantos que repiten un nombre.



Mi nombre.

Lamentos, clamores, griteríos que se esparcen en electricidad por cada una de mis venas. Un estruendo que retumba en mis huesos, que golpea como cañón contra mi cráneo. Un lamento del inframundo, uno que solo podrían escuchar los condenados como yo.

Ahora lloro. Lloro como el pobre infeliz que se vio reflejado alguna vez en unos ojos azules como el mismo océano. Lloro como el que crio a un muchacho. Lloro como aquel que alguna vez escuchó de la garganta de un niño un: *“¿Qué tal, Monsieur?”*

Ahora tu voz resuena en mi cuerpo, se repite con el ritmo de cada latido.

“¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?”

Ahora, un ahogo líquido.

Ahora silencio.

Ahora el mayordomo me mira, me descubre el llanto. Me sonrío.

Ahora camino siguiendo sus pasos. Ahora recorro una estancia oscura, un pasillo detrás de su figura. Ahora subimos escalones empolvados. Ahora nos detenemos, una luz blanca, una cortina apolillada deteniendo el brillo del cristal.

Ahora el mayordomo retira la tela.

Ahora señala hacia el cristal, hacia abajo, con una sonrisa.

Ahora dirijo mi mirada.

Ahora veo las paredes ensangrentadas, los individuos extasiados, el reguero de vísceras, las sonrisas escarlatas. *¡Las risas! ¡Oh, Dios mío! ¡Sus risas!*

Ahora mis ojos abiertos en el centro de la habitación distinguen una sola figura, blanquecina, bañada en la poca luz.

Un tórax despedazado con dos costillas que alguna vez sanaron de una fractura.



Sueño con serpientes

Diana John Meletiche

dianajohnmeletiche94@gmail.com

(La Habana, Cuba)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Entonces fue como si te mirara por primera vez.

Finos rizo azabache caídos sobre tus orejas, ojos de la profundidad y el color del mismo mar, ropas finas, holgadas sobre las que se adivinaba un cuerpo delgado.

Y por supuesto la piel, tan pálida y delicada como porcelana fina.

Una sonrisa melancólica se dibujó sobre tus labios cereza.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Y ya no quería dejarte ir.

Los pedazos de tu historia revivieron en mi memoria, era demasiado tarde para mirar atrás, el reloj corría, el destino estaba sellado y yo ya había hecho mi decisión hace ya mucho tiempo. Sin embargo, tengo tiempo para hablarte, aunque solo sea en mi mente, para verte a los ojos y contarte una última historia, todo aquello que nadie jamás sabrá para compartir mi cruz por cargar por el resto de los siglos.

Entonces, ¿por dónde comienzo?

Quizás por aquella tarde de enero hace cinco años, donde un estruendo resonó en los pasillos del internado, cuando Anya te trajo agarrado por la fuerza de la muñeca hasta que te tiraste al piso forcejeando, gritándole en un idioma bastante florido para un niño de doce años, las miles de maneras en las que tratarías de asesinarla si no te dejaba ir en ese mismo instante.

Tuve que bajar de mi despacho para poner orden y bajar de inmediato para calmar la tormenta que habías traído, pues temía que con tus gritos despectivos incitara a los demás niños a iniciar una revolución. Después de ponerte en tu lugar con el viejo arte de las palizas con tabla tus ojos estaban plagados de lágrimas reprimidas, sin embargo, con cada gota de vergüenza destilabas el amargo sabor del odio. Supe con una sola mirada que estabas destinado a ser un busca problemas.



Cuando Anya y yo conseguimos sedarte con pastillas para el sueño, ella me contó la historia. En aquel momento en que te vio tu nombre era Merlín, un huérfano que husmeaba en la basura de barrios altos en busca de chatarra para vender o sobras de los platos gigantescos, propiedad de un chatarrero al que Anya le pagó una cantidad exagerada por quedarse, pues supo con una sola mirada que tenía que traerte ante mí.

Al principio no entendí el porqué de la molestia, pero, ante la insistencia de Anya, te di la oportunidad. Cuando logré inspeccionarte en medio de tu inconsciencia anestesiada, miré de cerca, descubrí tus facciones detalladas en porcelana pálida, el cabello rizado azabache, los profundos ojos azules, que incluso con la mugre, el hedor y la grasa, capturaban esta cautivadora aura de belleza victoriana que rogaba ser pulida, amoldada, descubierta cual diamante en bruto.

Siempre me enorgullecí de mis dotes como criador y confeccionista, solía presumir de mis dotes en la alta sociedad, alardeando que no había un buen objetivo que pudiera escapárseme cuando tenía el ojo puesto en ello. Pero ¿acaso decía la verdad? Estaba alcanzando los sesenta, y aunque me había duchado en el reconocimiento de la gloria durante los últimos años, jamás sentí mi corazón arder sobre un reto conquistado.

Mi mente fantaseó viendo la imagen de un muchacho tan bello comportándose con la propiedad de un noble, saludando con todos los modales a las grandes esferas, encantando a la sociedad con una sola mirada, hablando con perfume en su aliento. Sin embargo, me topaba de frente con una tormenta, reconocía a un buscapleitos cuando veía uno, no sería fácil de romper para construir de nuevo.

Pero ¿Acaso no era eso lo que estaba buscando... un reto?

Ahora, la mirada perdida de un niño sedado reflejaba de vuelta mi rostro anciano, expectante, perdido, esperando una respuesta.

Sentado con los ojos sobre ti, tomé la decisión de hacer de este el pináculo de mi carrera, la más bella prueba final de mis talentos.

El regocijo de mi nueva meta murió en cuanto abriste los ojos.

Tenía razón, Alec, eras un tifón andante. Atormentabas a las mucamas del internado, provocabas pleitos entre los muchachos; les jalabas las faldas a las niñas y les arrebatabas sus muñecas. No tardé en darme cuenta de que esto no resultaría si me confiaba de mis habilidades. Si quería ganar el reto de mi vida, tendría que poner el empeño de mi vida.



Te separé del resto de los niños y tomé el paso más arriesgado que alguien con mi profesión podría tomar: lo instalé en mi propia casa.

Comencé con las pruebas más difíciles, solo para calmarte los ánimos de convertir mi hogar en un desastre. Te puse a cargar los libros más pesados de mi biblioteca sobre tu cabeza, con la espina tan recta que solo de verte echaba los hombros hacia atrás con la ilusión del peso arriba de mí. Te hice leer hasta que pudieras recitarme los versos de la poesía más exquisita sin trabar la lengua, te dejé al cuidado de la más refinada bailarina para que te diera lecciones de dos horas al día.

El agotamiento en el que te dejé los primeros meses me tiñó el paladar del dulce sabor de la esperanza. Creyendo haber domado tu rebeldía, me confié en dejarte sólo encargado de la servidumbre para ir a unos mandados. Ese mismo día regresé para encontrarme la atroz pintura de una palabrota sobre las paredes de mi alcoba.

Desquité toda mi frustración sobre ti. Te golpeé con el bastón sin piedad, sin pensarlo un segundo, sintiendo mis esperanzas desvanecerse sobre mis dedos, la gloria escapar con cada golpe que te asestaba en el cuerpo.

Te quebré dos costillas.

Lo noté cuando el susurro de un crujido hizo que después de aguantar todos los golpes con la cara desafiante, firme; me suplicaras entre lágrimas que me detuviera.

De vuelta en mi cuerpo, me horroricé de la mirada profunda de pánico que me reflejó sobre tus ojos enormes. Llamé a gritos a la mucama pidiendo que me ayudara a traer al médico del pueblo.

Pasaste dos semanas en cama. Te negaste a verme.

Aunque, ni podías ordenarles a las mucamas que no me dejaran pasar, ni tenías las fuerzas como para levantarte a cerrar la puerta; las pocas veces que junté el valor para visitarte, te negabas a levantar tu mirada del piso o pronunciar una sola palabra que se saliera del esquema estricto del “sí” y el “no”.

Mi frustración llegaba a su punto de ebullición. Repasé todos y cada uno de los métodos ancianos del manual, examiné a profundidad las memorias de los niños que vinieron antes de él, el millón de caras que crie, todas sus andanzas, errores y enojos. Pero no pude encontrar ni un atisbo tu ímpetu indomable en alguno de ellos.



La desesperación me llevó a rebuscar aún más hondo que en mis propios recuerdos, directo hacia la materia gris de mi cerebro.

Fue entonces que caí en cuenta de que nunca te conocí verdaderamente.

¿En qué piensas, muchacho? ¿Quién eres? ¿Quién fuiste?

El impacto de chocar con las preguntas me arrebató el sueño. Fui enviado directo a un estado de inquietud, en el que mi cerebro no conseguía más que rebotar de nuevo al misterio, toparme de frente con tus ojos azules, con un relato incompleto del que solo encontraba el atisbo de una historia fragmentada.

Nadie podía conocerte a profundidad. Anya solo compartió los detalles que supo al instante. Merlín, hijo de padres sin rostro que lo regalaron a un chatarrero para pagar sus deudas, descendencia de la calle, hambre perpetua pesando en el estómago, melancolía sobre tus hombros.

La falta de piezas me forzó a buscar respuestas, entre los espacios recónditos de mi mente, traté de invocar la reflexión que necesitaba para ver a través de tu mirada. ¿Qué sería yo? ¿Qué sería yo si todo lo que alguna vez hubiera conocido me fuera arrebatado? ¿Si un montón de extraños me arrancaran todos los pedazos que alguna vez me pertenecieron, para reemplazarlos con unos alienígenas, unos falsos, las reglas estrictas de una tierra extranjera? Entre más reproducía las escenas, más me convertía en ti; más desolado, desesperado e impotente me sentía. Los sentimientos se entrelazaron en mi cuerpo recostado, obligándome a dar vueltas sobre mi cama hasta la llegada de las náuseas.

Cuando tuve que levantarme para lavarme la cara tratando de apartarme de ti, me di cuenta de que ya no podía volver a mí mismo. No como antes, no como aquella figura lejana e impasible que fui. No. Había llegado muy lejos, no podía dar marcha atrás. Necesitaba el triunfo, pero no podría obtenerlo como creí.

En un solo impulso acalorado, abandoné la habitación; caminé a tientas por la oscuridad de mi mansión hasta dar con el cuarto donde te dejé. No llamé a la puerta. Cuando entré con la fuerza de los vientos de octubre, me hallé con tu imagen insomne, viéndome de vuelta a través de la oscuridad con aquellos ojos.

Por la forma en la que tu cuerpo entero se contrajo tras las sábanas, adiviné que te preparabas para un segundo ataque de ira. Sentí una punzada terrible de culpa. Traté de calmar tus músculos tensos con un ademán gentil desde donde me encontraba. Sin embargo, sabiendo que no sería suficiente, dejé que las palabras que me carcomían inundaran el aire.



No sabía cómo comenzar, pero de alguna manera conseguí hilar un inicio. Te conté palabra por palabra, detalle a detalle, todo lo que había hecho, porque estaba aquí, porque te apartamos. Te conté de los niños que vinieron antes que tú, cómo todos contaban una historia parecida a la tuya, abandonos, miseria, hambre. Te hablé de cómo al principio los traía yo mismo al internado, pero luego los trajo Anya. Describí cómo, al inicio, el internado no era tan grande, y las lecciones eran más cortas, pues los mismos niños tenían que barrer los pisos. Narré cómo fueron aprendiendo todos los modales de la alta sociedad, tal y como yo aprendí cuando solo era un muchacho. La disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos y las repeticiones; todos ellos fueron los acompañantes de mis jóvenes pupilos; rondaban por los pasillos, comían en nuestra mesa, dormían con los alumnos. ¿Y todo para qué? ¿Por qué tomarse la molestia de soportar a tantos niños? ¿Para qué el esfuerzo? ¿A qué costo? ¿Con qué fin?

Fue entonces que pude mirarte directo a los ojos, hablarte por primera vez en lugar de contarte una historia. Te dije que los niños aquí se iban cuando cumplían la edad adecuada. Sería cuando armaban sus maletas y partirían en el carruaje que les tenía preparado desde el patio trasero.

“Las grandes casas de Europa, las familias de Du Pont, Évreux, Cleveland, Stuart, todos acuden a mí.” Dije. “Tienen un secreto, Alec, un secreto que yo les puedo ayudar a mantener. Puedo darles hijos a las familias que no pueden tenerlos, puedo reemplazar al único heredero muerto por uno con los mismos modales, la misma educación. Puedo otorgarles damas de compañía, primos lejanos, amantes, prometidos y yernos.”

El impacto sobre tu rostro me obligó a terminar el relato.

“Yo los entreno, les doy un hogar, les digo los escenarios; les presento a las familias mucho antes de que estas acudan a mí.” La seriedad cubrió mi faz cuando lo miré a los ojos. “Es una vida actoral, una vida de engaño sosteniendo la obra más peligrosa, soportando el escrutinio más minucioso de todo aquel que no pertenece a la esfera. Es duro, pero es mejor que hurgar en despojos para pasarse el hambre.”

Tenía la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperaba el desenlace. Y creo que tú, lo sabías.

No pudiste más que devolverme la mirada, con tus ojos más profundos que nunca, tu mente perdida en el pensamiento. Apartaste el rostro y observaste la pared, desorientado, confundido. Quería que preguntaras algo, que me reclamaras, que dijeras lo que fuera. Pero no sucedió.

Agregué lo último que saldría de mi boca, un último esfuerzo.



“Estoy viejo, Alec. No tengo mucho más que hacer en este mundo. Tenía la esperanza de que pudieras ser mi último trabajo, el último soplo, mi obra maestra. Mas no tengo el derecho de decidir, lo entiendo ahora. Solo tú puedes decir qué sucederá de ahora en adelante. No te condenaré a una vida de engaño, no si no hacemos esto juntos, como un equipo.”

Tus ojos rebotaron de la pared al techo, se perdieron en las grietas mientras tu rostro parecía envejecer entre más pasaban los segundos.

Entonces, respondiste.

“¿Una vida de engaño a cambio de seguridad, de una casa, de lujos?”

Dirigiste tu mirada hacia mí. Solo pude asentir con la cabeza.

Una sonrisa se dibujó en tu rostro.

“Sólo con usted, Monsieur. Sólo si estará conmigo cuando haga alguna mierda estúpida.”

De cierta forma, fueron justo aquellas palabras lo que nos trajo aquí.

Fueron cinco años de entrenamiento. Cinco años en los que la disciplina, los llantos, la práctica, los ensayos, las repeticiones, se sentaron en nuestra mesa, durmieron en nuestras camas y caminaron nuestros pasillos.

A los catorce, podías dominar los modales culinarios a la perfección, mantener el hilo de una conversación casual tanto de vinos como de literatura. A los quince eras un bailarín grácil con la postura casi perfecta, con el paladar entrenado, con el cabello calmado de flequillo rebelde que te dio una apariencia más juvenil. A los dieciséis pude regresarte al internado para que practicaras las charlas y los buenos deportes con los alumnos mayores, que estaban por retirarse. A los diecisiete, podías conversar en coqueterías con las muchachitas, ejercer política teórica, recitar prosa memorizada, discutir con los muchachos más arrogantes sin perder el temperamento.

Cada logro, cada momento de gloria en el que dabas un paso más hacia la perfección; miraste en mi dirección. Con una amplia sonrisa me preguntabas un simple: “¿Qué tal, Monsieur?”. A la espera, con paciencia, con la promesa de una vida entera por delante, conmigo como tu aliado, como tu eterno maestro. Jamás estuve más orgulloso.

Jamás me sentí tan culpable.

Quizás fue mi orgullo lo que nos llevó a este preciso momento en el tiempo, este en el que te veo, este en el que te dejo ir más pronto de lo que debería.



Te presenté a la sociedad con un grito en el aire, en la gala más lujosa a la que tendría acceso en todo el año. Ya ni siquiera puedo recordar qué se celebraba con un nivel tan grande de elegancia, tal vez una boda entre familias, ya no recuerdo. Sin embargo, sí recuerdo la preparación, el alboroto que se hizo cuando anuncié la llegada de mi invitación, la envidia de los ojos posados en ti cuando dije que serías el único con el honor de acompañarme. Nada pudo arrebatarme del regocijo de notar el brillo de tu mirada cómplice reflejándome de vuelta, el trato silencioso que creamos. Supimos entonces que era este nuestro momento, no habría una mejor oportunidad que esta.

Nos preparamos con una antelación abrumadora, nos tomamos días enteros perfeccionando los saludos, los manierismos, imaginando todos los escenarios que se nos ocurrieran para preparar respuestas. Cada prueba, cada pregunta necesaria fue repasada con la mayor atención al detalle. La servidumbre entera se dio a la tarea de actuar como los nobles para prepararte. Cuando el día llegó nos acicalamos como reyes, en las ropas más finas, con los caballos limpios y la carroza reluciente, partimos hacia la gala.

Jamás olvidaré tu rostro iluminado por las miles de luces, tus ojos inmensos abiertos como los de un niño. Desprendiéndote de todo protocolo que tendría que seguir en la noche, me miraste, con la sonrisa más sincera pronunciaste una sola frase:

“¿Qué tal, Monsieur?”

Una punzada de remordimiento recorrió mi cuerpo en un escalofrío. Mi mirada se tornó vidriosa.

Pero ya tendría tiempo para preocuparme de esto después.

O al menos, eso pensé.

Sí, la gala fue un éxito. Cada muchacha que pudiera sonrojarse, lo hizo; cualquier caballero que quisiera discutir, quedó complacido ante tu charla amena, con tu fabulosa habilidad para escuchar y hacerlos sentirse escuchados. Fueron los mejores modales, el rostro más bello que se robó la noche.

Las madames, los monsieurs, se acercaron para elogiar mi trabajo. Yo les agradecía con una sonrisa entrenada, tomaba el cumplido, me bañaba en la victoria haciendo que mi mirada revoloteara hasta ti a ratos, solo para recordarme que este era un trabajo de dos, que esto era más nuestro triunfo que el mío.

Entonces, los grandes señores levantaban tu mano, me hacían un ademán corto para acercarme y, hablándome al oído, formulaban la pregunta.

“¿Cuál es el precio, Monsieur?”



Era en aquellos momentos, que regresaba a la realidad.

Bloqueé la pregunta con la mayor delicadeza posible. *“No, todavía no estaba en venta”. “Sí, estaba esperando a que estuviera en su punto”. “No, no planeaba cotizar un precio hasta la siguiente primavera”.*

Conseguí apartar a la mayoría. Evitar las invitaciones a cenar en privado, a discutir la situación más a fondo; las ofertas de abonos y de dinero de apartado, todos rechazados a pesar de la insistencia.

Creí que lograría pasar la noche, creí que mi orgullo aguantaría, por el bien de ambos, para verme reflejado nuevamente en tus enormes ojos azules.

El estruendo de la puerta, el jadeo sorprendido de la multitud, fueron la última campana que completó la alarma.

“Abran paso a su majestad.”

El resto fue inevitable.

La velada pasa en destellos dentro de mi memoria. La sensación de la fiesta, el muchacho al que querían presentar, el simpático Alec. La reina con su mano besada entre tus labios finos, la risa cristalina desatada por tus chistes, el asiento principal desde el que me viste con una sonrisa, su majestad preguntando por el *tutor*, el cuarto privado, la oferta que no podía rechazar. Mi orgullo, siempre mi estúpido orgullo. El *“sí”*. El contrato. La frase.

“Quizás me hubiera resistido; pero la piel...”

Una sonrisa.

“Tiene una hermosa piel de porcelana.”

Y ahora han pasado los meses. Ahora te he repetido la misma mentira hasta que mi corazón duela. Ahora te he preparado, ahora te he dado de comer los mejores manjares, ahora he mandado que cuiden tu piel de porcelana.

Ahora estamos aquí, justo aquí, donde tengo la historia, el propósito, la propuesta, tan solo esperando el desenlace.

Y aún no lo sabes.

Mi muchacho... ¿Qué te he hecho?

Ahora tomamos el mismo carruaje de aquella noche, ahora te despiden con gritos alegres los niños del internado; te ruegan que escribas de vuelta, solo yo sé que jamás sabrán de ti de nuevo. Ahora me topo con



el rostro de Anya quebrado en millones de trozos, quien se despidió de ti con un beso en la mejilla, y lloró en tu hombro sabiendo que me rogó cada día que no lo llevara con ellos. Ahora me aguanto el dolor de la garganta y la boca seca mientras tú estás brillando de la emoción; con tus maletas detrás de nosotros, sabiendo que terminarán detrás de un armario sin dueño para siempre. Ahora te oigo reír mientras partimos, me cuentas todo lo que piensas hacer en cuanto pises la mansión, las técnicas que piensas usar y, por un momento, utilizas las mismas frases con las que yo te enseñé a hablar. Ahora suelto una lágrima. Ahora tú lo notas y pones una mano en mi hombro, pidiéndome que no te extrañe recordándome aquella promesa.

“¿Estamos juntos en esto, no Monsieur?”

Ahora llegamos al palacio. Ahora el conductor baja y fuma una pipa. Ahora el mayordomo nos avisa que la señora yace dentro, que no puede esperar a ver al famoso Alec. Ahora le preguntas si debes bajar las maletas, el mayordomo responde que será mejor que alguien venga por ellas. Sé que miente.

Ahora esperamos. Ahora avisan la llegada de la gran señora. Ahora te besa la mano. Ahora pide hablar contigo en privado. Ahora ella me dirige un guiño imperceptible. Yo trago saliva.

Ahora ella te conduce por el pasillo, te presenta lentamente a sus compañeros, a la nobleza distinguida de amigos y conocidos que saludas con una reverencia perfecta.

Ahora se pierden en el pasillo.

Ahora los sirvientes cierran las puertas y el mayordomo me conduce a una oficina.

Ahora con una sonrisa cínica me extiende el sobre y cuenta el dinero.

Ahora siento náuseas mientras recojo el paquete.

Ahora salgo por el pasillo, pero no puedo seguir, me detengo.

Ahora escucho un murmullo lejano, apenas un inicio.

Ahora el murmullo es un llanto.

Ahora el llanto es un aullido. Un aullido de dolor.

Ahora súplicas. Ahora golpes. Ahora un ahogo. Ahora gritos, solo gritos que no se detienen, gritos desgarradores, gritos de un animal cercenado.

Llantos.

Llantos que repiten un nombre.



Mi nombre.

Lamentos, clamores, griteríos que se esparcen en electricidad por cada una de mis venas. Un estruendo que retumba en mis huesos, que golpea como cañón contra mi cráneo. Un lamento del inframundo, uno que solo podrían escuchar los condenados como yo.

Ahora lloro. Lloro como el pobre infeliz que se vio reflejado alguna vez en unos ojos azules como el mismo océano. Lloro como el que crio a un muchacho. Lloro como aquel que alguna vez escuchó de la garganta de un niño un: *“¿Qué tal, Monsieur?”*

Ahora tu voz resuena en mi cuerpo, se repite con el ritmo de cada latido.

“¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?” “¿Qué tal, Monsieur?”

Ahora, un ahogo líquido.

Ahora silencio.

Ahora el mayordomo me mira, me descubre el llanto. Me sonrío.

Ahora camino siguiendo sus pasos. Ahora recorro una estancia oscura, un pasillo detrás de su figura. Ahora subimos escalones empolvados. Ahora nos detenemos, una luz blanca, una cortina apolillada deteniendo el brillo del cristal.

Ahora el mayordomo retira la tela.

Ahora señala hacia el cristal, hacia abajo, con una sonrisa.

Ahora dirijo mi mirada.

Ahora veo las paredes ensangrentadas, los individuos extasiados, el reguero de vísceras, las sonrisas escarlatas. *¡Las risas! ¡Oh, Dios mío! ¡Sus risas!*

Ahora mis ojos abiertos en el centro de la habitación distinguen una sola figura, blanquecina, bañada en la poca luz.

Un tórax despedazado con dos costillas que alguna vez sanaron de una fractura.



No recordamos su nombre

Alejandra Q. Pérez
palejandra366@gmail.com
(Guadalajara, Jalisco, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

—No me gusta hablar de eso —el tono frío que Ángel utilizó en aquella respuesta me sorprendió, pero comprendí enseguida el motivo detrás de tales palabras.

Es común para los dos toparnos de vez en cuando en la parada del camión -yo llegando de la universidad y él saliendo a su trabajo-, y si el tiempo lo permite, conversar un poco.

Ese día en especial iba con la idea de aprovechar el encuentro para preguntarle sobre el tema que quería usar en mi siguiente crónica. Según las indicaciones de la profesora, se suponía que debía entrevistar a alguien que haya vivido los hechos, pero, al tratarse de un asesinato ocurrido hace ya diez años atrás, sería complicado hacer una entrevista formal.

La tragedia en cuestión ocurrió en la que por aquel entonces era mi secundaria. ¿La víctima?, un compañero de tercer año; ¿El culpable?, un padre furioso que buscaba venganza... al menos esa es la versión que mi generación parece haber aceptado, como un acuerdo tácito para hacer el recuerdo menos doloroso.

La idea de la muerte se mostraba ajena a nosotros, niños de 12 años que recién entraban en una nueva etapa de la vida, en donde desconocíamos la cruel realidad que nos rodeaba.

Como si de una poética ironía se tratase, durante las clases nos habían pedido esforzarnos en los estudios para conseguir un buen futuro. Toda la palabrería barata se fue al caño cuando, horas después de relatarnos un maravilloso mañana que vendría mágicamente si obteníamos una calificación perfecta, justo a la entrada de la escuela, le era arrebatada la vida a un alumno ejemplar. Así, sin pena ni consideraciones. Delante de alumnos, padres de familia y transeúntes casuales. El hombre no dudó en clavarle un cuchillo en el pecho, a centímetros del corazón.

—No quiero detalles. Sólo... algo. Lo que sea. Yo ya me había ido a casa cuando sucedió.



Ángel me miró pensativo. No quería presionarlo, pero después de graduarnos había cortado cualquier lazo con las personas que fueron mis compañeros. Era casi un milagro que volviera a entablar conversación con uno de ellos.

—Es que yo tampoco vi mucho. Estaba recargado en la baranda del canal, podía ver el cancel de la secundaria, pero tú sabes que siempre había grupitos de vatos y chavas platicando, entonces no vi cuándo pasó. Sólo recuerdo escuchar gritos y ver pasar corriendo al tipo con el cuchillo ensangrentado, como esas pelis de terror clásicas. De ahí todo fue un pinche desmadre.

Eso sí lo recordaba, el ‘desmadre’ que vino después. Los gritos, y los posteriores sonidos de sirenas, eran audibles desde mi casa, ubicada a unas pocas cuadras de la escuela. Recuerdo que cuando los primeros gritos se escucharon, llegué a creer que era otra pelea, uno de esos ‘tiritos’ que siempre se daban a la hora de salida, aprovechando la oscuridad de la noche.

—Pregúntale al Mane, creo que ese wey pudo ver más que yo. ¿Tienes su número? —saqué mi celular y revisé mi lista de contactos. Sí, todavía conservaba el último número que me dio, cuando por navidad nos encontramos en el supermercado.

Tras despedirnos, caminé a mi casa mientras redactaba el mensaje. Pasada una hora, llegaba a mi celular la contestación que menos quería recibir.

<No me gusta hablar de eso>

Leer aquel mensaje me desilusionó. De nuevo, me vi obligada a aclarar que no quería detalles, sólo algo, lo que fuera, que me diera un poco de material para escribir mi crónica. Después de un rato de conversación entendí porque el miedo a hablar del tema.

<Yo vi cuando lo apuñalaron. Estaba cerca de él. Vi al wey que lo mató. Neta que nunca se me va a olvidar esa pinche cara>

Mientras Manuel, Mane para los ‘compas’, esperaba a que su vecina terminara de platicar con sus amigas para irse juntos, logró ver cuando un hombre en bicicleta se acercó a la entrada, donde estaban todos los grupitos de amigos.

<Estaba rapado. Traía un pantalón lleno de mezcla y la camisa rasgada en la parte de abajo. Tenía un tatuaje de cruz en el brazo, el mismo brazo en el que traía el cuchillo>



Recuerda haber visto al sujeto acercarse al chico, tomarlo de un hombro y clavarle el cuchillo con fuerza, casi saña, para después echarse a correr, dejando atrás la bici y un mar de confusión y pánico.

<Lo demás lo olvidé. Neta no me acuerdo ni cómo llegué a mi casa. Me paniqueé, ¿sabes? Mi vecina dice que sólo la agarré de la mano y me eché a correr. Ni siquiera la lleve a su casa, llegamos los dos a la mía y mi mamá la acompañó a ella porque yo ni podía hablar. Lo que pasó al día siguiente ya te lo sabes>

Sí. Ya lo sabía. Nos obligaron a asistir y tener clases 'normales'. Pero los profesores, igual de espantados que nosotros, no dieron ninguna clase. Se dedicaron a dejarnos hablar, a tratar de explicarnos los unos a otros qué pasó, por qué uno de nuestros compañeros de tercer año estaba muerto, por qué decían que los directivos lo habían dejado morir.

En algún punto del día hicimos moños de luto con hojas negras que cooperamos para comprar, porque la escuela no quiso darnos listones y nosotros nos sentíamos en la obligación moral de presentar respeto de alguna forma.

Las teorías siguieron surgiendo toda la semana. Que si fue culpa del chico porque debía dinero a la plaza. Que si fue porque le bajó la novia a uno de los 'cholos' de una banda rival a la suya. Que si fue porque embarazó a la hija del tipo y no quería hacerse responsable. Que la escuela tuvo la culpa porque no quiso ayudar a los amigos del chico, que desesperados querían meterlo a la enfermería, pero que el director les negó el acceso porque "no nos conviene que se muera adentro".

Nadie entendía nada y realmente nadie quería entender. Lo más sencillo era creer que el chico tuvo la culpa, que él se lo buscó. Así era más fácil para todos distanciarse de la realidad.

—¿Ya ven lo que les puede pasar por meterse en argüendes? 'Aguas' con eso, muchachos—nos decían con una sonrisa los profesores.

Con el paso de los meses, el tema se volvió prohibido en la secundaria. Sé por comentarios de mi hermana menor que todavía los alumnos le dedican un altar al chico cada día de muertos, a pesar de que les han dicho muchas veces que ya no es necesario recordar ese tema.

—Se llamaba Jonathan —me dijo mi hermana tras ver por casualidad mis mensajes con Manuel. —Me sorprende que no se acuerden.

Era cierto. No recordamos su nombre, ni su cara, ni sus gritos, ni su sangre manchando la acera. Nada. Sólo recordamos lo que sucedió alrededor de él; cómo huyó su asesino, las vendedoras llamando a la ambulancia,



el enojo de sus amigos al ver que la escuela los abandonaba a su suerte. Pero no a él. No recordamos los últimos minutos de Jonathan, si acaso logró decir algo antes de morir.

Recordamos nuestro miedo, pero no el suyo.

Ahora que somos adultos, es el doble de difícil hablar del tema por esa misma razón, porque en el fondo sabemos que sí lo recordamos, pero seguimos siendo aquellos niños que únicamente querían olvidar ese día. Somos adultos cobardes que no les gusta hablar de eso.



Victimario

Daniel Lazcano

lazcanoaguirre94@gmail.com

(Ciudad de México, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

El calor, el maldito calor. 31°, supuestamente, pero dentro de su auto negro en el interminable tráfico y su traje ajustado, es una agonía psicológica insoportable. Saúl Caras está acostumbrado a los desperfectos de su demandante empleo en Paspartú. El nombre de la empresa es indiferente, cada dos años lo cambian.

Durante un lustro fue un excelente empleado, pero la dedicación no basta. Este ha sido el peor año para el señor Caras, prácticamente está al borde del despido, no ha generado los ingresos suficientes y ha perdido clientes por su pésimo humor. Lidar con gente mayoritariamente de la tercera edad sobre su seguro médico es estresante. Caras está harto de eso, de su vida. Vivir de comisiones es casi inhumano, hay que admirar a los que lo hacen, sus ingresos dependen de su efectividad.

Un irrespetuoso «limpia parabrisas» aprovecha el alto para esparcir agua con la mínima dosis de jabón desde su botella de refresco y limpiar innecesariamente el parabrisas de Caras. Aunque él le hace evidentes señales negativas y clava su mirada intimidante, el limpiador, mejor conocido como uno de los «güeyes de los semáforos» cree que su cliente será permisivo.

Caras saca su Glock 17 9mm de la guantera y le apunta. —*¿Qué chingados te acabo de decir cabrón?! ¡Ábrete puto gato!* El «güey del semáforo» huye de la rabia del hombre de traje impecable y loción cara.

Es inimaginable lo que uno puede encontrarse en la basura, incluso en el bote de un parque. Ahí la vio Caras, estaba ante la vista de los transeúntes, pero nadie le prestó atención. Él buscaba alguna distracción efímera y percibió una figura rectangular, oscura como la capucha que viste la muerte. La tomó y lo escondió en su saco, al regresar a su auto la pudo apreciar con más detenimiento. Aún contenía cuatro balas, las suficientes para que sus impulsos asesinos reprimidos pudieran estar tranquilos. Hasta el momento no las ha utilizado, pero hoy parece ser un día especial por ser más monótono de lo común, irónicamente.

No le ha dicho nada a su esposa Daniela, ella no comprendería porqué tanto interés en cuidar esa arma, Caras incluso la lavó y buscó en internet cómo usarla. Ella tendría miedo de él, ¿y qué mujer no? Estamos en el país donde los feminicidios han superado los apoyos económicos a la educación, arte, cultura y servicio médico.



No odia a Daniela, pero está seguro que tampoco le ama. Sabe poco del amor, pero mucho del desamor. Le ha sido infiel con una que otra prostituta de movimientos insípidos. Luego de ocho años de matrimonio es difícil estabilizar la dopamina bajo los mismos rituales maritales. Trabajar en la misma empresa es un fastidio, deben luchar por la intimidad, afrontar los celos constantes y admitir que no es profesional su relación. Serán días caóticos cuando se divorcien.

Ella está en contaduría, afortunadamente no se ven con frecuencia. Él viaja en el antiestético auto de la empresa por horas, mientras que ella está todo el día en la sucursal rodeada de gente que Caras no soporta, de esos hombres que en cuanto notan la ausencia de una mujer, comentan a quién se tirarían primero de la oficina mientras que las mujeres que la acompañan fingen ser sus amigas, pero la acusan de recibir beneficios por ser su esposa.

Estos comentarios despectivos sobre su relación varían, a veces se habla de adulterio y cree que pueden tener razón. ¿Qué probabilidades hay de que no le haya sido infiel ya? Es atractiva, caliente con su simpatía a los demás mientras que su matrimonio es peor que un frente frío en invierno. Ella ha ganado más dinero que él este año, él es antipático, ella amable, cualquier desinteresado por los valores maritales podría ofrecerle lo que Caras no puede. Hay varios candidatos a ser sus posibles amantes. Está Sergio, el otro contador, uno muy joven y afable, luego está Iván, otro imbécil de ventas que dice ser amigo de Caras, pero sabe que siempre ha deseado a Daniela, está mucho mejor que su esposa en todos los sentidos. Daniela dice detestarlo, pero el odio es irregular, puede convertirse en atracción por lo diferente en cualquier momento. Incluso su mismo jefe, el anticuado licenciado Ramírez podría estar tras de ella, es un mujeriego que ha cosechado tres divorcios.

Los hijos que Caras y Daniela tuvieron son un intento miserable para reforzar su relación, solo que no lo sabían en ese momento. Un hijo consume tu vida, tu dinero, tus energías y tu tiempo. Se acabaron las horas de lectura y ver las películas que a Caras le gustan, ni siquiera pueden discutir con comodidad porque ahí están ellos. Al igual que con Daniela, tampoco los odia. Los ama, pero hay que aceptar que un hijo destruye sueños.

—*¡Ábrete pinche abuelita!* Le grita un vulgar taxista. Justo cuando el flujo de autos había adquirido velocidad, un taxi que conduce sobre dos carriles no previene su vuelta y ante la desesperación por la adecuada velocidad de Caras, se le cruza. Faltó poco para un accidente.

Los insultos y el ruido del claxon no son suficientes. La primera bala debe ser para él y Caras acelera. El motor de su auto pide paciencia con sus sonidos, pero no le interesa. La vía se hace más rápida, es lógico, no muy lejos hay un hospital de segundo nivel.

Caras está muy cerca del descuidado taxi, su rabia es incontenible, su contrincante lleva pasaje, pero no le importa. Le apunta con la pistola y comprende que su presa se ha percatado porque acelera desesperadamente, solo



es cosa de meterle un susto. Apunta a una de sus llantas trasera y jala del gatillo. Es sorprendente la exactitud de su disparo, más porque es la primera vez que dispara un arma.

El neumático se poncha inmediatamente, pero parece haber atravesado más de lo que Caras hubiera querido. La velocidad del taxi es la necesaria para destrozarse por completo la llanta. Es un géiser de chispas a raíz de la fricción entre el ring y el pavimento. El auto pierde el control produciendo un terror sonoro. Caras teme que mueran, pero sus miedos se quedan cortos con lo que sucederá.

El taxi descontrolado se cruza frente a un microbús, el cual, lógicamente no va a la velocidad que corresponde y carga con un peso titánico en su interior. Ante el temor de hacer añicos el taxi, el conductor del microbús frena e intenta girar simultáneamente. Esta hazaña es lo suficientemente brusca para que el peso de la maquinaria provoque una caída fatídica. En una ciudad de casi 10 millones de personas, principalmente parásitos, es casi imposible que un accidente así no tenga daños colaterales.

Caras reconoce la zona de impacto porque ha estado ahí. Es una de las entradas del inmenso hospital, pero no cualquiera. Es emergencias. Hay o había cerca de 35 personas en espera de noticias de sus seres queridos, los cuales reciben un deficiente servicio médico. No les dio tiempo suficiente de gritar. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Los condenados a muerte de aquel microbús habían aplastado a todos los que ansiaban por volver a ver a sus familiares después de seis horas sin ninguna noticia.

Es una escena terrorífica. Los desconocimientos de mecánica le jugaron en contra a Caras. Ahora esa gente llora por ellos mismos, claro, los que siguen vivos y conscientes. La sangre se mezcla con el combustible derramado, mientras que los gritos de agonía inician. Los trabajadores del hospital salen y hacen posible por ayudar a las víctimas. Primero deben sacar a los que están dentro del microbús, pero a un lesionado de gravedad no puedes moverlo como si nada, hay ciertas precauciones que seguir. Unos cuantos debajo de la monstruosa máquina siguen con vida, pero agonizan por sus extremidades aplastadas.

La realidad supera a la ficción. Caras ve petrificado la escena. Esas escenas absurdas de películas de acción que sacan todo el tiempo en cines parecen cobrar vida. No puede creer que un disparo suyo haya desembocado en tan terrible suceso. Trata de comprender las leyes físicas que presencié, pero es inútil. No fue solo un disparo, fue el aleteo frenético de una mariposa.

Le preocupa el no sentir tanta culpa como debería sentir. Él quería caos para instalar orden, a raíz del miedo a él y su arma podía ser la diferencia, y lo hizo de una forma u otra, solo que con más consecuencias de las que esperó. Su verdadero temor es ser atrapado, busca al taxista que abrió la caja de Pandora, está en la esquina hablando con varios testigos de tan terrible imagen, sus miradas se cruzan y señala a Caras. Seguro ha revelado su



culpabilidad, que él es el homicida y acaba de cobrarse más víctimas que las de asesinos seriales o sicarios a lo largo de sus vidas.

Caras arranca a toda velocidad. Los gritos quedan atrás, pero siguen en su mente. Es inútil huir, es el siglo XXI, la privacidad está en extinción, seguro más de una cámara ha captado su matrícula y el logo de la empresa. El dolor y el miedo acapararán los periódicos de mañana, pero desde este momento ya son tendencia en redes sociales. Con unos días de una deficiente investigación darán con el victimario de la tragedia. Su esposa no lo defenderá, será la oportunidad perfecta para comenzar una nueva vida con su amante, pero aún podía llevarse a sus hijos, solo debía ir por ellos a la primaria.

Las circunferencias rojas de los semáforos son eternas, aprovecha para buscar noticias relacionadas. Por ahora son pocas, solo fotos y videos en baja resolución con escasa información escrita, pero la población es aferrada a que se cumpla esa anomalía que la sociedad mexicana rara vez ha presenciado: la justicia. Ya se habla de un disparo antes de la tragedia. Debe darse prisa.

Estaciona su auto y toca el timbre de la escuela. En la dirección lo hacen esperar mientras las secretarias ven desde un celular el terrorífico video que tomó un usuario minutos después de la catástrofe. Una de ellas no soporta seguir viendo tanto infortunio, otras culpan a los taxis y los microbuses. Con el tiempo tendrán una anécdota en sus vidas: el psicópata que ocasionó semejante tragedia estuvo en esa oficina minutos después.

La excusa de que la madre está en estado de gravedad y que necesita llevarlos con sus abuelos lo antes posible surte efecto. Su obvia preocupación hace incuestionable su petición para llevarse a sus hijos. Jenny de segundo de primaria y Omar de quinto año aparecen con sus mochilas. Rara vez se ha parado su padre en esa escuela, pero están en la edad más afortunada de todas: cuando no se puede percibir lo deprimente que es nuestro mundo.

Han delatado al auto negro de Caras. No faltan los comentarios relacionados con el crimen organizado. Otros culpan a los políticos, pero la ventaja de ser uno es que «nada es culpa suya». Los famosos tuitean inservibles mensajes de apoyo a las víctimas. 16 muertos confirmados hasta ahora. Caras podrá presumir en prisión que mató a más gente que Henry Lee Lucas, Jack el destripador, Dennis Rader y varios adolescentes en escuelas con fusiles AR-15.

Su jefe lo llama, está la opción de no responder, pero tal vez tenga información valiosa que prevenga su arresto, se equivoca, solo pide información sobre el último cliente que visitó. Seguro que aún no existe una imagen clara del auto de Caras.

La inocencia de sus hijos es lo único que no lo ha echado a perder como ser humano. Su hijo juega en el celular y se desconecta del mundo, normalmente sería regañado por eso, pero no hoy, Caras desearía que así se



quede para siempre y no sepa el daño que ha hecho. Su hija no para de hablar de lo que hizo hoy en su medio día de escuela. Debe ser genial ser ella, disfrutar de la rutina, de vivir, de tener una familia. Su desconocimiento al sufrimiento es una bendición. Por primera vez, Caras entiende la gravedad de la situación, quiere llorar, pero no frente a ellos, no quiere que lo recuerden así, tan débil, tan derrotado por la vida, tan consumido por la necesidad de tener dinero en el bolsillo.

En cada semáforo pasa una ambulancia diferente. Todas en dirección al hospital. Las sirenas lo estremecen, los destellos rojiazules lo tensan. Jenny le pregunta por qué llora y por primera vez Omar voltea a ver a su padre. Caras contiene el llanto de sus ojos rojizos. Cierto, ellos fueron concebidos por las razones equivocadas, consumieron todo lo que él amaba, pero ahí estaban para sustituir el placer por la responsabilidad. En ningún escenario realista podría estar con ellos de nuevo y es más doloroso de lo que creía.

Caras da una excusa poco convincente, pero la suficiente para mantenerlos callados. Si se entrega serán menos años, pero la presión social forzarán a que se ejerza un castigo ejemplar. Si huye, ¿qué futuro les ofrecerá a sus hijos? Crecerán sin identidad, con miedo y cuando crezcan lo odiarán. Su madre hará lo imposible por encontrarlos y le dirá a la policía todo sobre él. Fue un estúpido. Ellos estarán mejor si se quedan y la sociedad mejor si él muere.

Caras cambia de ruta, su oficina no está muy lejos, si va a entregarse primero debe despedirse de Daniela, es lo mínimo que puede hacer. Las patrullas también se dirigen a la zona del homicidio, es normal que tarden más que los servicios médicos. Caras lo desconoce, pero a estas alturas ya se menciona a un «asesino en un auto negro». Varios ciudadanos furiosos amenazaron al taxista, pero él les contó del lunático que disparó. La llanta de su auto es la evidencia, testigos aseguran que dice la verdad. Los periodistas ya están para reportar el morbo antes que la información, lo que se sabe son puros comentarios de los presentes. Nadie se salva de la verdad.

—¿Por qué estamos en el trabajo de mami? —También yo trabajo aquí hijita. Voy a decirle algo y ahorita baja. No vayan a salirse por favor. Caras estaciona el auto en su cajón de estacionamiento. Siente que debe despedirse de ellos, decirles algo bello con que lo recuerden, quisiera decirles que deben creer todo lo que digan de él, pero también quiere que no le guarden rencor. —Cuida a tu hermana, ¿vale campeón? Le dice Caras a Omar. Incluso para un niño de 11 años este comentario le parece atípico de su reservado padre.

El señor Caras está a punto de salir del auto, pero a lo lejos ve a Daniela y Sergio. Ambos caminan hacia el elevador, ríen como cuando él la cortejó, no hay ninguna señal de que haya algún vínculo sentimental que los comprometa, pero no soporta verlos. Ambos traen un frappé en sus manos, en teoría, eso justifica la salida de ambos, pero la ira es como una catarata, una barrera de desesperación que se expande y destruye cualquier estímulo posible, una inhibición del pensamiento. Hay un cambio de planes.



Saca la Glock de la guantera, espera que el movimiento haya sido lo suficientemente rápido para que sus hijos no hayan visto lo que sacó, pero las miradas en el espejo retrovisor lo dejan intranquilo. Reconoce ese miedo a lo desconocido, la incertidumbre de lo que pueda sucederle a los que amas.

Caras cierra el auto con seguro, solo baja un poco los cristales. Toma el segundo elevador y sube hasta el piso 16. Es un edificio alto y lleno de oficinas de diferentes compañías. Ni siquiera tiene la gentileza de guardar la pistola, le gusta el poder que otorga el miedo. Ahora entiende a los amorales, el pánico que provocan entre los indefensos, ese sucio empoderamiento reemplaza las frustraciones de sus vidas. Tristemente, Caras jamás se había sentido tan bien. La furia es una droga, las consecuencias son el daño colateral de índole adictivo.

Un poco antes de llegar, el tarado de Iván sale de la oficina muy apurado y se detiene frente a él. — *¡Cariñoso! ¿Todo bien? Digo, traes una pistola de juguete, eso no se ve diario.* Desconoce si su pregunta es en serio. Puede ser sarcasmo, pero uno tan intenso que lo hace parecer estúpido, nunca supo hacer chistes, solo hay que relacionarlo con sus pésimos gustos cinematográficos y televisivos. — *Tengo algo de prisa amigo, luego hablamos.* Caras intenta seguir. — *¡Espera! ¡¿Neta vas a entrar con eso?! De huevos, ¿le quieres sacar un susto al chavillo de conta? Porque si es así yo diría que...* Hay una frontera que nos separa de la bestialidad y lo correcto. En algunos es similar a la de EEUU y México o ambas Coreas, pero la de Caras ya es como la de Bélgica y Países Bajos, puedes pisar ambas al mismo tiempo.

Un disparo es suficiente para atravesar el cráneo de Iván y salpicar de sangre su costoso traje. El cuerpo cae y suena incluso peor que el propio disparo, pero Caras está acostumbrado a los sonidos agonizantes como el de un auto derrapándose o decenas de personas sucumbiendo de dolor mientras son aplastadas por un microbús. Aún quedan dos balas, una para Sergio y otra para él.

Los empleados de Paspartú no pueden afirmar que eso fue un disparo, sería algo increíble, casi surrealista que en un día tan cotidiano algo así ocurra dentro de su edificio, pero por algo Salvador Dalí dijo que jamás volvería a México porque es más surrealista que sus pinturas. Ese surrealismo está acompañado de sangre y depravación. Unos días puede ser un feminicida, otro un narcotraficante, pero hoy es el licenciado Saúl Caras quien entra con toda naturalidad a Paspartú S.A. de C.V.

Los empleados lo observan con miedo, no pueden imaginárselo matando a alguien, pero hoy es un día para romper costumbres. No saben si deben huir, el rostro de Caras refleja inestabilidad, la locura ha consumido su humanidad. Los contadores están en la esquina. Lo observan preocupados. Daniela está aterrorizada y él disfruta ese miedo. — *Saúl, ¿por qué traes un arma?* Pregunta con temor a que su esposo haga algo. — *¡Váyanse y déjenme solo con Sergio!* — *¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?* Le pregunta Daniela. — *¡Que te largues te digo!* — *¿Por qué me hablas*



así?! ¡Neta si esto es una pendeja broma no te la voy a perdonar! Caras pone la punta de la pistola sobre la mejilla de Sergio y él comienza a llorar. Parece tener más miedo que los sobrevivientes del accidente balístico automovilístico.

—¿Qué haces?! ¡Yo no te hice nada! ¡No me mates por favor! Implora Sergio con mucho trabajo debido al llanto. Los gritos entre los empleados comienzan, algunos huyen, pero afuera ven la sangrienta imagen que dejó Caras. —Claro, solo cogerte a mi esposa. —¿De qué putas madres hablas Saúl?! ¡Ya para con esto! Le grita Daniela. Caras disfruta las lágrimas de su mujer, la exhibirá frente a todos y cuando se suicidó, todos la culparán por la muerte de Sergio, una pena que no estará en el funeral de su amante para ver cómo los padres de él la insultan.

—¡Dame tu pinche celular y desbloqueado cabrón! Sergio obedece y se lo entrega. Es tan satisfactorio verlo llorar con los ojos cerrados, sus gafas están empañadas y el aire se le va, será aún mejor cuando encuentre mensajes delatores en su teléfono, pero no hay ninguno hoy, es normal, han estado juntos, tampoco hay de ayer, pero sí hay uno con su novia o eso parece ser, su foto no corresponde con Daniela. Antier tiene la última conversación con Daniela, solo documentos aburridos del trabajo, fotos de más papeles y tablas de Excel, conversaciones bobas, unos cuantos memes, no encuentra lo que él quiere y arroja el celular de Sergio al suelo. Esto no ha hecho que su odio desaparezca, siempre hay algo que odiar.

—¡Ahora tú Daniela! —No entiendo qué quieres. —¡Carajo! ¡Tu celular! ¿O también borraste los mensajes que tienes con este maricón?! —¡No te voy a dar nada porque yo no he hecho nada! Le sorprende el valor con el que ella responde, duda de sus acciones, el llanto patético de Sergio ya no le divierte, hasta siente algo de pena por la muerte de Iván. —Por favor, Saúl, deja esto, piensa en nuestros hijos. Los músculos de Caras pierden tensión, tal vez se equivocó, pero la furia ahí sigue, sino es con Sergio es con él, incluso admira que Daniela no le tema, recuerda sus atributos y por qué la escogió como su esposa.

Una puerta se abre ligeramente, es la oficina de su jefe, asoma su mirada unos segundos. Ese cobarde vejstorio ha estado encerrado mientras sus empleados sufren. Su mente volátil vuelve a burlarse de él y sin apartar la mirada del licenciado Ramírez, Caras dispara al rostro de Sergio y este explota como un globo lleno de sangre, sus anteojos quedan destrozados, los empleados gritan y huyen espantados por la terrible escena. Inmediatamente, Caras corre a la oficina de su jefe y jala la puerta antes de que le ponga el seguro.

Daniela está destruida por dentro y fuera, no puede creer lo que su marido ha hecho. Sabe que era infeliz, pero incluso los infelices saben distinguir entre la estabilidad y la locura. Siente decepción de Saúl, culpa por la violenta muerte de Sergio y miedo por el futuro que les espera a sus hijos. Otra compañera le pide que venga con ellos, lo mejor es huir ahora que Caras se ha encerrado con el jefe. Daniela reacciona tardíamente, pero no con palabras, solo con pasos lentos, su lagrimal está trabajando más que sus dos piernas juntas. Dejan el cadáver de Sergio, su único crimen fue ser su amiga.



En la espaciosa oficina del licenciado Ramírez, Caras le apunta con el arma, no deja de hacer comentarios desarticulados sobre su riqueza, sobre la gente que ha explotado laboralmente, sobre los que ha traicionado y su moralidad echada a perder por verlos a todos desde arriba, desde una silla enorme mientras disfruta un mejor salario. —*¿Eso es lo que quieres Saúl? ¿Dinero? —Tal vez hace unos años, cuando me iba bien, ¿irónico no? Ahora que estoy a nada de la miseria solo quiero venganza o supongo que eso es, la verdad es que es difícil de explicarlo, solo sé que me siento bien por primera vez en años, extrañaré a mis hijos, pero no sé, estuvo bien. —¿Ya tomaste tu decisión? —¿Qué decisión? ¡Ustedes los pinches jefes que nunca explican nada! ¡Hacen lo que quieren y luego le echan la culpa al que ven más güey en ese momento! ¡Son como los que hacen bullying en las escuelas, le gusta asustar a los más débiles! ¡¿Es lo mejor de ser jefe no?! ¡Que nada es su culpa! —De si me vas a matar, ¿o me perdonarás? Yo no hice nada, pero de todos modos me disculpo si... —¡Eso es cierto! ¡Ni un «gracias», ni un «felicidades», nada! —¡Por favor! ¡Tengo hijos y nietos! ¡Te daré lo que quieras!*

La gente de ese accidente también tiene o tenía familia, Sergio tenía una familia que lo amaba mucho, incluso el bobo de Iván tenía una madre que lo amaba, padecía mamitis, pero odiaba admitirlo. La vida es cruel por naturaleza, pero jamás injusta, puede que las acciones de los seres humanos sean de dudosa moralidad, pero nunca la vida misma. ¿Quién es Caras para decidir qué arruinar? Duda de nuevo y lo ve como una debilidad, las lágrimas de su jefe no lo salvarán, eso sería otra de las acciones injustas del ser humano.

Un disparo fulminante acaba con la vida de su egoísta jefe, lo era tanto que incluso le arrebató la bala que le daría una muerte rápida y sin dolor. Saca su celular para llamar a Daniela, tarda en responder, pero lo hace. —*¿Saúl? Pregunta temerosa. —Solo te hablaba para despedirme y disculparme por lo que viste, me voy sin saber si me eras infiel, pero aun así lamentó lo ocurrido. —¿Por qué lo hiciste?! ¡¿No te importa lo que dirán nuestros hijos?! ¡¿Nunca nos amaste?! —Ellos están en el estacionamiento Daniela, en mi lugar, para que vayas por ellos. Están bien. — ¡¿Bien?! ¡¿Quién va a estar bien después de lo que hiciste?! ¡¿También mataste al jefe?! —Sí y no me arrepiento. Lo disfruté, pensé que sentiría culpa, pero... El llanto de Daniela le impide continuar, no quiere lastimarla más. —Dany, sí lamento algo, lo del autobús, seguro que te enterarás después, dile a mi madre que siempre la quise y no es culpable de nada.*

Antes, las urgencias eran hacer informes o cerrar alguna venta, ahora es morir y dejar cualquier sentimiento atrás. Caras abre una ventana, es pequeña, pero cabe su cuerpo, la alcanza con ayuda de la silla de su jefe. Mira abajo, no puede distinguir mucho, espera no lastimar a alguien. Desde su celular abre su fotografía favorita, es él con Daniela, Omar y Jenny en navidad, los cuatro juntos. Caerá mientras la observa.

No hay tensión, no hay respiración agitada, no hay sudor, no hay nerviosismo, no hay mareos, no hay dolor, no hay estrés, no hay miedo, ni siquiera hay tristeza porque sabe que la muerte es su mejor solución.



Una vez leyó testimonios de gente que había intentado suicidarse, uno era el de un sujeto que se lanzó de un puente a un río. Solo en esas milésimas de segundo cambió de opinión, se arrepintió de adelantar su muerte. Es un riesgo que considerará, pero al menos tendrá unos segundos para ver lo único positivo de su legado y no el daño que ha causado.

Caras es ateo, pero este día, desearía que en verdad haya algo después de la muerte. No lo hay, ni siquiera oscuridad, ningún ser divino con falsas esperanzas o tormentos eternos. Así es la muerte, sin dolor, ni sufrimiento, lo opuesto a la vida.

Caras no se arrepintió en esos tres segundos de caída, solo una sonrisa que se destruyó en el concreto.



La sentencia

José Manuel Casillas Sánchez

jose.casillas4311@alumnos.udg.mx

(Ciudad Guzmán, Jalisco, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

¿Qué tiempo ha pasado?

¿Qué cataclismo ha sobrevivido en el mundo?

¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

Horacio Quiroga

Supiste que morirías en el preciso instante en que diste el golpe a la persona equivocada. Lo presentiste como una revelación ante tus ojos. Un déjà vu. Si el tiempo nunca se detuvo esta fue la primera vez desde que existió. Solo intentabas proteger a un amigo. Un arrebato cegado por el exceso del alcohol. Te pareció fácil tomar una botella de cristal de las tantas vacías para reventársela en la cabeza. Su cráneo se quebró como el cascarón de un huevo. No creías que solo un golpe bastaría para saberte muerto. De todas las muertes posibles nunca imaginaste ésta. La muerte es como un hálito que de pronto sopla y te lleva. Un río desbordado que te toma por sorpresa. El ruido de la música ensordece tus oídos y tu mano aún sostiene los restos de aquella botella. Soltarla supondría el fluir del tiempo. Serás uno más, víctima del crimen organizado. Tu muerte estará como pan en la boca de todos durante algunos días. Lamentarán el crimen de tu valor: tu sentencia de muerte. Los retratos se plagarán de ojos, de oraciones, de letanías que se perderán en el cielo, en esa fosa sin fondo. Los hipócritas usarán tu nombre para engrandecer el suyo. Tu cuerpo se consumirá entre los helechos a plena luz del día; será víctima de la carroña y los coyotes alimentarán a sus crías. Después solo quedará polvo y brotarán flores en el mismo sitio. Te convertirás en solo memoria y te perderás en el confín lejano.



Pedrito maricón

Leonam Lucas Nogueira Cunha

leonam_cunha@hotmail.com

(Salamanca, España)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Pedro, desde pequeño, miraba los cuerpos de los coleguitas de la escuela. Hasta los ocho o diez años, no los miraba con deseo, solo que los miraba; en una palabra: se daba cuenta de que existían. Así como también se daba cuenta de la existencia de los cuerpos de las amiguitas. Pero el verdadero infierno se instauraba, crecía por las paredes de la casa, se subía por las cortas piernas de Pedro, cuando las personas se percataban de todo aquello. El problema se concebía en el momento de la constatación de que Pedrito se paraba a contemplar los cuerpos de los niños. Y con el paso del tiempo, la trama ha ido ganando sustancia porque el entorno comenzó a dictaminar sus normas y los ojos ajenos iniciaron el periplo de las confesiones – confesaban como Pedrito era visto por ellos. Siempre oía de algún familiar: “lo de ser maricón está muy mal”, o de algunos colegas de la escuela: “Pedro tiene modales de niña”. Pedro no sabía qué era aquello de tener modales de niña o niño, simplemente tenía unos modales. ¿Pero qué eran los modales? ¿Los cuerpos tenían modales? ¿O sería mejor decir que los cuerpos solamente existen – y cobran importancia por existir? Pedro siempre pensaba que los cuerpos lo eran y los miraba, y seguía a mirarlos detenidamente.

Un día, Pedro escuchó de una parienta: “cambia esa forma de mover el culo al andar, que ya sabes que tu abuelo no aceptaría a un maricón en la familia en ninguna circunstancia”. No sé precisar cuántos años contaba Pedro, pero que era pequeño, bastante pequeño, esto lo puedo asegurar. Pedro no entendía muy bien qué era “maricón”, obvio, nadie le explicaba qué significaba esa cosa tan nefasta, prohibida y merecedora de amplia y pública execración. Pero, aparentemente, lo de Pedro tener modales de niña, siguiendo una lógica mimética, tenía una conclusión infalible: Pedro era maricón.

Lo que Pedro no sabía era que tenía que ser un alguien específico, sin embargo, internalizó una norma: modales de niña ¡no!, y ser maricón... mejor dejarlo lejos también. Pedro entonces empezó a observar a las niñas y los niños, estableciendo entre ellos una frontera imaginaria (todas las fronteras



establecidas son imaginarias), para comprender en qué aspectos se diferenciaban y para saber qué diablos era tener modales de niña. No tuvo éxito, vaya. No llegó a puntos objetivos: reparaba que algunos amiguitos movían el culo al andar, como lo hacían las niñas – lo apuntó, pero sorprendentemente no eran blanco de las mismas observaciones que le hacían a él; se percató también de que algunas niñas eran más agresivas y preferían los pantalones a las faldas – era regla en el colegio que las niñas llevaran falda. Y lo de llevar pantalones, anotó Pedro, era una forma de ser para niños. Con todo, tampoco recibían unos sonoros “fulanita tiene modales de niño” o “fulanita es maricona” (¿lo femenino de maricón es maricona?, se preguntaba Pedro).

Em resumen, la investigación ha sido infructífera. Y válgame, dios, qué tristeza. De alguna forma, ¡su vida dependía de eso! Tras algún tiempo, o tal vez concomitantemente, Pedro ha sido presentado a otros conceptos: cosas de niño y cosas de niña (creo que aquí entraría el dilema de los pantalones y las faldas, pero déjalo estar, que ya lo hemos explicado). A Pedro no le gustaba el fútbol. Bueno, ¡entonces Pedro es un poco nenita! A Pedro le gustaba salir de casa siempre guapetón y arregladito – ahora pues se puede tener la certeza de que Pedro es muy nenita; pero a Pedro no le iba mucho lo de jugar con muñecas y entre las muñeras y los carritos prefería jugar con los carritos. Entonces ¿será que Pedro no es tan nenita como lo suponíamos? Pedro se sintió aún más perdido cuando le contaron sobre los sentimientos de niñas y los de niños. ¿Y la gente simplemente no sentía? Es decir, ¿había fronteras en esto también? ¿No es que tenemos un montón de sentimientos entremezclados o algunos cuerpos sienten así y otros así así? No, aparentemente las niñas sentían miedo y los niños no. Pero en lo que cabe a la rabia, era al revés, fíjate, o al menos se pensaba que si las niñas sintiesen rabia, tenían que controlarse, aunque los niños podían – y hasta debían hacerlo en algunas ocasiones – externarla. ¿Por qué? Pedro definitivamente se veía en un laberinto esdrújulo y las personas no le indicaban cuáles eran las puertas de salir y entrar, solo las de no entrar. En todas las incursiones preguntativas sobre el tema, recibía un “pero bueno, Pedro, es así y punto pelota”. Eran difíciles las ecuaciones. Le parecía que concurría una serie de factores para llegar a un resultado concreto: estaba la cosa de los modales, la cosa de los preferencias y gustos, la cosa de los sentimientos.

Pedro, con el tiempo, fue dándose por vencido y decidió que lo que decían era cierto: él debería realmente ser maricón. Y hasta aquí hemos llegado. Si le requirieran que definiese qué era ser maricón, seguramente fracasaría porque, en realidad, sus apuntes empíricos eran confusos y no hay conclusiones



sencillas en este tema. Solo después empezó a entender que admirar a los cuerpos de los niños y constatar que eso era bueno significaba ser maricón. Es decir, todas las veces que el pitilín de Pedro se entumeciera, con su tamañito de pila AA, él tendría que mantener el acontecimiento en secreto. De: Pedro. Para: Pedro. “Hoy, en el vestuario de la piscina municipal, he visto que un amigo mío tiene alrededor del pito un vellito ralo y rubio que despierta un encanto único. Mi pila AA se despertó y me ha dado vergüenza de meterme en la piscina y que me profe notara mi pila AA encendida. Eso de llevar bañador ajustadito es un horror”. Pedro tenía que mantenerlo todo oculto, mas lo apuntaba en su diario mental.

Pero desde luego que lo peor era el catecismo. Allí, fue iniciado en el razonamiento de que mirar los cuerpos de sus colegas y aceptar que eran cuerpos deseables era algo pecaminoso. Nadie decía tampoco qué significaba la palabra pecado. Pero reafirmaban que era prohibido. Terminantemente prohibido. Y la profesorita tan tontita que le enseñaba los evangelios un día le dijo: si a algunos de vosotros os paso eso, rezad y pedidle a Dios que aniquile ese sentimiento de vuestro ser.

Ya que Dios todo lo podía, Pedro iba a su habitación – escondido, en las horas de poca luz – y le prendía fuego a su vela, quemándose las puntas de dos dedos con las cerillas robadas, y juntaba las manitas y rezaba pensando: Dios, saca de mí ese pecado Dios saca de mí ese pecado Dios sácalo de mí sácalo de mí Dios te lo pido eso está muy mal haz que no sienta esas cosquillas porque miro a mis amigos y ellos son tan guapitos y eso no puede ser Dios saca de mí ese pecado.

¿Y tú crees que Dios oía al pobre Pedro? Nada de nada. El cielo es un ambiente burocrático, hay que estar pendiente de mucho papeleo, y sellar las estancias en el paraíso, hay que drenar el agua de la Calle San Longinos que los días de lluvia se inunda y hace que se forme un charco que puede ser buen criadero de mosquitos. El cielo genera demasiado dolor de cabeza. Por ende, Dios solo atiende los problemas terrenos durante los fines de semana o días festivos, pero el domingo hay que descasar (es obligatorio) y los días festivos siempre se revisten de esa somnolencia y esas pocas ganas de trabajar. Solamente le quedaba el sábado. Pero justo el sábado que Pedro cogió a Dios en día libre y empezó a hacerle la oración de siempre, coincidió ser un domingo que hubo un terremoto en el océano índico que generó un tsunami horrible que mató a casi 300 mil personas. Dios define qué es prioridad, y obviamente no pudo oír el ruego de Pedrito.

Pedro se ponía a llorar y sentía una culpa que le aplastaba y le arrugaba el pecho. Y su madre aplastaba y reaplastaba el corazón de Pedro, que ya no iba muy bien. Un día, pillaron a Pedro dándose un



beso con un colega (esos besitos ruidosos, ¡pero en los labios!) y la madre de Pedro de alguna manera se enteró. Truenos hicieron eco por toda la vivienda. La madre gritaba a los cuatro vientos, exasperada, a la vez que gemía: Yo no te he educado para esto, Pedro. ¡Yo te he educado como hombre!

La que se lió en la cabeza de Pedro. Pedro empezó a pensar que el hecho de haberle besado a su coleguita automáticamente deshacía la posibilidad de que Pedro fuera hombre. En ese momento, pues, Pedro dejó de ser hombre. Se convirtió en cualquier cosa entre hombre y mujer, o cualquier trapo ajeno a todo esto. Primero, Pedro se hizo maricón, luego dejó de ser hombre. Resáltese que Pedro ni siquiera sabía que ya era hombre, se pensaba que era niño. Listo, puesto. Pedro dejó de ser hombre o niño y se puso a pensar que besar a su coleguita también implicaba que él dejaría de ser maricón, puesto que para consagrarse como maricón había que cumplir el prerequisite de ser hombre. Y le besó a su colega de nuevo. Pero todo ello era muy curioso: parecía que esto solo aumentaba la mariconería de Pedro; y lo que era aún más curioso es que los amiguitos de Pedro no eran maricones, o no se convirtieron en maricones, o no aceptaron que era maricones. También es cierto que las personas no llamaban a sus amigos maricones. El flagelo le tocó a Pedro. No se nace maricón, se hace maricón. Y Pedrito se iba haciendo maricón.

Pero como tornarse maricón es causa de interdicción, Pedro empezó a reflexionar que si se echara novia las personas dejarían de decir que él era maricón. En ese punto, se emparejó con una chica, un año más pequeña. Pedro tenía trece años y le daba muchos besos en la niña y la niña tocaba su pila AA, que ya no era una pila AA sino un nabo en etapa de desarrollo. Y todos decían que Pedro debería colocar su nabo en la cuevita salada de la niña pero a Pedro le daba un miedo espeluznante. Sin embargo, también le daba miedo la costumbre que había en su cateto pueblo: se solía llevar a los chicos, cuando cumplían los quince años, a un burdel para acostarse con una prostituta. Los abuelos y otros familiares machos se encargaban de poner el suplicio en marcha. Pedro tenía más miedo a que le llevaran al puticlub; ¿y si en el gran momento, por la tensión y por los sudores y por los nervios ardiéndole en las venas, el nabo de Pedro simplemente siguiera en estado de adormecimiento? Pedro se compró unas capas para envolver su nabo para prevenirse ante la ocasión de conocer la cuevita salada de su novia. Quererlo no lo quería. Y le daba pena por la chica porque ella sí que daba señales de querer hacerlo y además le parecía a él que le estaba engañando con aquellas repetidas frases de “mejor lo dejamos pa otro día” o “la verdad es que hoy no me apetece” o “me dan nervios nada más pensarlo”. Y todo eso, claro, le daba mucha pena. Pero le gustaban los besitos que



intercambiaban; los besitos, sin embargo, se acompañaban de una sensación de falta: un corazón latiendo desesperado, un sentimiento de vida real. Hasta que la chica se hartó de Pedro y le preguntó si era maricón. Ay, ¡pero otra vez el putito cuento de Pedro maricón! Que no, que no soy maricón, hostias – Pedro, por una estrategia de supervivencia social, le mentía a la novia y sus familiares, y lo peor es que también empezaba a mentirse a sí mismo. Entonces, en los carnavales, la chica le hizo bomba de humo a Pedro y se fue con otro a explorar su cuevita. Y bien que lo hizo. Pedro se sentía como verdaderamente suyo, de alguna manera sonriente liberado, y por fin, entre la barahúnda, le dijo a su novia lo nuestro ha llegado hasta aquí. Obvio que Pedro reutilizó la historieta de la novia para tener seducidos y disuadidos a sus familiares, que no había la necesidad de que lo llevaran al puticlub porque él ya era un joven experimentado, etc. etc. Se lo creyeron, o al menos lo fingieron muy bien.

Tras algún (poco) tiempo, empezó a salir con un colega de clase. A estas alturas ya estaba casi terminando el instituto. Pedro empapó su cara con las gotas del mar, pero estaba decidido a aceptar el hecho de que era maricón. Y descubrió la cuevita (más oscura y apretada) de su colega de clase, y en aquel momento se dio cuenta de que era justo aquello lo que él deseaba. Ni puticlub ni pollas en vinagre, sino un cuarto de baño en el que dos cuerpos se conocían y podían estar en paz con el mundo al menos efímeramente.

Pedro sabía que lo de ser maricón aún le daría muchísimo dolor de cabeza y sufría por ello. No por que sus padres no supieran que fuera maricón, sino por que sus padres no sabían que él había aceptado que era maricón. El día D, cuando no hubo victoria ninguna – las tensiones sociales, en las que los límites se ponen en riesgo, funcionan como la guerra: los victoriosos no triunfan, solo pierden menos que los caídos –, Pedro decidió contárselo todo. La madre de Pedro pensaba que él se iba a convertir en una mujer (porque tampoco se nace mujer, se hace): que él se dejaría el pelo largo, que comenzaría poco a poco con el maquillaje, luego con los vestidos y por fin vendrían las maravillosas medias con liga. Dentro de la cabeza de su madre, hacerse mujer era así de sencillo. Pero no fue lo que pasó. Pedro se mantuvo básicamente igual, con la diferencia de que había admitido que Dios tenía otras preocupaciones y los cuerpos de sus amigos eran de hecho bonitos y ha sido por eso que, cuando Dios creó al hombre, vio que era bueno. O que estaba bueno. No se acordaba muy bien porque hacía años que no se leía el Génesis, pero como que esa imagen general del libro le parecía estupendamente oportuna.



Hoy dicen por ahí que Pedro es mucho más maricón de lo que era antes, que sale de cañas con travestis, con gente estafalaria, que tiene unos amigos hombres que tienen vagina, que los domingos – ¡que encima es día de descanso! – frecuenta unos ambientes en los que hay hombres que visten de mujer y doblan canciones sin ningún sentido y que nadie logra comprender nada porque han mezclado tanto todos los conceptos que todo se vuelve un desorden. Pero otras personas relatan que hay que quien asevere que a Pedro le gusta todo ese desorden y que le parece más palpable la felicidad en medio del caos. Hasta ahí, todo perfecto. No lo voy a juzgar porque no soy Dios. Ni tampoco los amiguitos de infancia de Pedro, ni tampoco sus parientes. Lo que me parece verdaderamente insólito con respecto a Pedro es algo de que me enteré por la mismísima boca de una amiga íntima suya. Me lo confesó en un café un poco alejado del centro, porque parece ser que esto hasta podría ser blanco de intervención terapéutica o algo así; no me acuerdo los detalles de su relato porque ella hablaba mientras tenía las manos sobre la boca, y su dicción se amortiguaba. Pero bueno, según me lo contó ella (¡no empecéis a poner palabras en mi boca!), parece que a Pedro le gusta comprarse libros físicos, en papel, o sea, que tiene una compulsión extraordinaria, digna de referencia – conforme a mis lecturas el tema todavía se está investigando, es decir, aún no se puede garantizar que sea algo patológico, o si no lo es, o si es compulsión realmente, o solo es manía. En fin, sea como sea, Pedro tiene una obsesión por comprarse los libros y olerles entre las doblas. Ahí os lo dejo para que reflexionéis. Yo elijo callarme. Uno tiene sus rarezas.



El becerro, pero con cuernos

Samantha Carolina Torres Hernández,
samantha.torres0992@alumnos.udg.mx
(Guadalajara, Jalisco, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

|
Cariño, solo tienes que hacerlo. No, no puedo, no, por favor. Escúchame, si no lo haces, te matarán. El hombre tiene mis manos en el arma y con su dedo índice sostiene junto con el mío el gatillo. Por lo que más quieras, Ana, hazlo ya. La cara de mi padre es de angustia, le escurre sudor y con un ojo entrecerrado por un golpe, me dice. Amor, hija, mírame a los ojos, tranquila, solo no pienses que soy yo, ¿sí? Imagina que es alguien que odias. Pero no puedo. La cara que veo ahí, en ese momento, es la cara del hombre que todas las noches va a despedirse de mí a la cama con un beso en la mejilla.

Estoy empezando a ver borroso por las lágrimas y no puedo tallarme los ojos. Por favor, se los suplico, quédense conmigo, a ella déjenla ir. Es curioso, al principio solo querían el dinero. El hombre prepara el arma, quitándole el seguro con el dedo pulgar. ¿Por qué se quieren ir? La fiesta apenas empieza. ¿No es así? El otro solo se ríe.



II

¿Quién quiere ir por un helado? ¡Yo! Toma tu abrigo, vámonos. Todos los días, después de que papá sale de trabajar, vamos por un helado. Hay una paletería enfrente de casa, pero nosotros siempre vamos a la que está a diez cuadras. Dice papá que en esas nieves no nos *caciquean*. ¿Crees que esta vez pueda pedir una de pistache? *Lo que quiera la reina*. Me lleva de la mano. Cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro. La otra vez fueron menos pasos en la última cuadra.

¿Qué pasa hermano? ¿Qué pasa? Jamás había visto a este hombre. Según yo no es su hermano. *Por la banqueta hija, camina*. ¿Es tu amigo, papá? Rodeamos al señor por un lado para subir a la banqueta. ¿Papá? *Ahora no, cielo*. Por enfrente sale otro hombre. *Eh, bro, ¿Me prestas dos pesos para completar mi camión? Perdona, ahora mismo no traigo nada*. Papá me está apretando la mano y me hace hacia él. *Es una pena porque de verdad no completo*. El hombre que estaba atrás empieza a caminar hasta donde estamos nosotros. Tiene un tatuaje en el brazo. *Mira, hombre, te digo que no traigo nada. ¡Quítate los tenis! ¿Cómo? ¡Que te los quites! Es mejor que le hagas caso, hermano*.

Tengo miedo. El del tatuaje parece disfrutar la situación. Con la mano derecha se talla el mentón y sonrío mientras dice que no con la cabeza. *De acuerdo, de acuerdo, tranquilo*. Papá se quita los tenis con una mano sin soltarme de la otra. ¿Papá? *Tranquila, hija*, dice, pero no aparta la vista del hombre de enfrente. *Tu cartera. Ya te he dicho que no traigo nada, sólo esto*. Papá saca un billete de cincuenta pesos. ¿No estarás hablando en serio? El sujeto tiene las manos en la sudadera y poco a poco va sacando un objeto de metal que brilla. Una vez vi una de esas. Era mi cumpleaños y estábamos en la casa del abuelo.

III

No vayas a la cocina, hija, te vas a quemar o vas a tumbar a tu abuela. ¡Está bien! Grité. La abuela estaba ahí, cocinaba un mole que olía por toda la casa. *¡Qué rico huele, mamá Eneida! ¿Ya mero está? Hazte para atrás hija, no te vaya a quemar*. La casa de los abuelos era grande, pero la parte que más me gustaba era el patio. Había mucho pasto y tenían dos perros grandotes, si me portaba bien me dejaban salir a jugar con ellos. *Mamá Eneida, cuando termines de cocinar, ¿puedo ir atrás a jugar con los perros? Sí, hija, pero pídele permiso a tu papá. ¡¿Papá?! Grité. Sólo si prometes no hacerlos enojar para que no te muerdan. ¡De*



acuerdo! Contesté. Papá se acercó a mí mamá Eneida y le dijo algo en voz baja al oído. *No hijo, tu papá apenas me lo va a pasar. Le dije que lo compráramos, pero no quiso, según él se quiere sentir como en el establo.* Papá se ríe.

En la cocina de mamá Eneida hay una puerta que da al patio. *Me pregunto dónde estarán los perros.* Pensé. Me asomé poquito a la puerta y vi a papá Víctor con un becerro pequeño, pero con cuernos. El becerro estaba amarrado del cuello a una lámpara que tienen mis abuelos en el patio. Le apuntó entre los ojos. *¡Aaaahh!* Grité. *¡Te dije que no te acercaras al patio, niña!* Papá se apresura a cargarme con sus brazos y yo no puedo dejar de llorar. El abuelo entra enseguida. *¿Qué sucede? Nada papá, la niña te vio cuando le diste al chivo. Y ¿Quién la dejó que se acercara? Nadie papá, no vimos cuando se asomó. Ya, ya, hija, todo está bien. Tranquila, ¡shh!* Mira, ya, a veces así pasa, tranquila, ya, ese animal nos va a dar de comer, piensa que él quiso alimentarnos, a veces así es, hoy ellos, mañana otros animalitos. No, no mientas, no, no es verdad, papi, yo lo vi, estaba triste, vi sus ojos, estaban tristes, él no quería eso, estoy segura. Dije llorando. Ah, ¿sí? *¿Y tú cómo sabes todo eso? Papi, yo lo vi bien, papi, no es cierto, nadie pide que lo maten, ni siquiera para que alguien más coma y viva.*

IV

Ya sé qué es lo que el hombre va a sacar de su bolsa. Me suelto de la mano de mi papá y pateo al hombre. Él se enoja y lo único que consigo es que me tire al suelo de nalgas. *Hija, ¿qué haces? ¡No!* Apenas me iba a recoger del suelo mí papá cuando el hombre le gana y me jala del brazo. Está apretándome mucho. Me pone de espaldas a él para dejar que vea lo que pasa con papá. El del tatuaje se le pone de frente y le pega en la cara. *¡No!* Papá se destantea y le da un golpe en el estómago haciendo que se doble de dolor. Cae de rodillas, mientras el otro, con el arma me apunta de lado a la frente. *¡Papá, no!* Grito. *¡Cállate!* Dice el que me apunta. Mi papá está de rodillas y tiene las manos atrás, lo están sujetando. *¡Escúlcalo!* Le ordena. Yo estoy llorando.

Al suelo caen las llaves, su teléfono y una cartera café. *¿No que era lo único que traías?* El que otra vez sujeta a mi papa de los brazos se mete todo a la bolsa, excepto la cartera. *Ahora si vamos a comer rico.* Se burla mientras recorre con el pulgar el dinero que hay dentro. Quien me apunta responde con más risas.



Solo déjenla ir, ya tienen lo que querían, se los suplico, es una niña. No puedo dejar de llorar. ¡No! Sigo gritando. ¿No podemos dejar testigos, o sí? El hombre baja el arma hacia donde pueda verla. Enfrente de mí, y con la mano que sujetaba mi brazo, coloca mi mano en el arma cubriéndola con la suya, después baja la otra, sin dejar de sostener el arma y hace exactamente lo mismo. Si no eres tú tendrán que ser los dos. El del tatuaje lo suelta y se aleja. No, no, no, no, es a mí a quién quieres, deja que se vaya, te lo suplico, no diré nada. El hombre de atrás de mí, con pasos torpes, al mismo tiempo que yo se acerca hacia donde papá y le apuntamos entre los ojos. Papá deja de verlo a él y me ve a mí. Cariño, está bien, solo tienes que hacerlo. No, no puedo, no por favor. Escúchame, si no lo haces te matarán. Tiene mis manos en el arma y con su dedo índice sostiene el mío en el gatillo. Por lo que más quieras, Ana, hazlo ya. La cara de mi padre es de angustia, la tiene empapada de sudor y con un ojo entrecerrado por un golpe, me dice. Amor, hija, mírame a los ojos, tranquila, solo no pienses que soy yo, ¿sí? Imagina que es alguien que odias. Pero no puedo. ¡Aaaahh! Grito y cierro los ojos mientras aprieto fuerte los dientes.

El hombre que me sujetaba ya no lo hace. Salió corriendo junto con su amigo y yo los veo correr atrás de mí. Volteo enfrente. *No, no, no, alguien ayúdeme. Por favor. Por lo que más quieran. ¡Papá! No, no, no, no... to... todo va a estar bien, ¡¡¡Ayúdenme!!! ¡Papito, no! ¡Perdón, perdón, papito, no! ¡Por favor! ¡Ayuda! ¡Alguien!*

Mi papá no quería esto. Estoy segura. Nadie pide que lo maten, ni siquiera para que otro más coma y viva.



HERBMA

Tuiravínina Yuliya

saina_2010@hotmail.com

(Buenos Aires, Argentina)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

“La civilización es un ablandamiento de la moral y el conocimiento para observar los órdenes de las leyes de la convivencia y es solo una máscara de la virtud, y no su rostro. La civilización no significa nada para la sociedad si no le da los fundamentos y las formas de la virtud”.

Victor Riquetti, marqués de Mirabeau (“El amigo de las leyes o Tratado de la civilización” pag. 384)

I
Son las catorce de mediodía, la hora cuando un mozo, después de servir a más de una docena de clientes y luego de limpiar otra docena de mesas, puede al fin parar y sentarse para comer el plato de día y tomar su café. Lo hacen mis compañeras y también lo habría podido hacer yo, si no fuese por el hecho de que desde hace tres semanas mi horario del almuerzo —relativamente libre— lo ocupa un cliente que al ingresar por la puerta giratoria de nuestro bar puntualmente a las catorce y cinco de mediodía va directamente a la mesa de mi servicio, por lo cual mi trabajo sigue. Es joven y guapo, tiene finos rasgos y habla más lindo que los docentes de la universidad cercana que vienen en grupos de a tres o cuatro a almorzar. Cuando me hace el pedido me mira a la cara examinando mis ojos, tal como lo hacen algunos escritores de la editorial que está a la vuelta y que suelen pasar cuatro o cinco horas seguidas, tomando una sola taza de café mientras que lavan las entrañas de sus camaradas de plumas y, cuando les insinúas que hay gente esperando la mesa libre, se callan y te miran fijamente como si les estuvieras pidiendo que te laven también a ti tus propias



entrañas. Su vestuario es propio de un abogado bien pago, que a diferencia de un vestuario formal como, por ejemplo, de un ingeniero, es más lujoso y extravagantemente acrisolado, pero del abogado lo distingue la barba de tres días y las rastas unidas en un nudo. Conclusión, es un rastafari gallardo, educado y con un buen pasar económico.

Son las catorce del mediodía y mientras mis compañeros se sirven platos de deliciosas patatas doradas con salsa de tomate, yo estoy en alerta sentada al lado de la barra con la mirada clavada en la puerta giratoria. Mis compañeros se ríen guiñándome los ojos; hago la cuenta regresiva “cuatro, tres, dos” y ya veo la silueta de mi cliente misterioso.

—Buen día —le entrego la carta del menú, aunque sé de memoria lo que va a pedir. En tres semanas no había variado los platos.

—Buen día, señorita — responde mirándome a la profundidad de mis pupilas. No pestañea, ni sonrío. Su mirada es un poco cínica y algo burlona y, sin embargo, cálida; la mirada inspiradora de confianza—. “Soupe a l’oignon” y papas al horno con salsa de champiñones —pronuncia claramente sin abrir la carta y sin desviar la mirada.

—¿Alguna bebida? —creo que fue la decimoquinta o vigésima pregunta durante estas tres semanas que él responde siempre con una negación.

—No. Se lo agradezco. Luego tomo un té —decimoquinta o vigésima aclaración.

—Entonces una sopa de cebolla y papas al horno con salsa de champiñones —repito y anoto en mi block de notas las abreviaturas SPCH—, enseguida se lo alcanzo—. Puedo asegurar que es el único cliente con quien “enseguida se lo alcanzo” se cumple literalmente. Cuando aparezco en la cocina el cocinero precipita a mi encuentro una bandeja ya armada; me sonrío y yo, revoloteando los ojos, recibo la bandeja y vuelvo a la sala de visitantes. Deposito cuidadosamente los platos sobre la mesa, le deseo un buen apetito, giro sobre los tacones como un soldado y en el momento cuando él sumerge la cuchara en el brillante líquido de la sopa, repentinamente, vuelvo.

—Mil disculpas —baluceo, asombrada por mi atrevimiento—, ¿por qué? ¿Por qué siempre la misma hora, la misma mesa y el mismo menú?

Mi cliente se eche contra el respaldo de la silla, me mira, aunque su mirada no expresa sorpresa ninguna, sonrío y responde:



—Si le digo que es casualidad le miento. Estoy aquí por usted o, mejor dicho, por la profunda curiosidad que usted despierta en mí.

—¿Curiosidad sobre qué? —mi balbuceo cambia por una voz sonora porque con el olfato Napoleónico tengo la premonición de que la superioridad de la situación ahora es mía.

—Curiosidad sobre...—hace una pausa para medir palabras y prosigue—, ¿cómo puede ser que una persona, que con un interés inquisitivo escudriña las páginas de un libro de la cocina antigua, pueda con la consciencia limpia unas horas más tarde servir a la gente los platos de ensilaje?

—¿Qué dice? —retrocedo un paso. Ahora el mismo olfato me dice que debo tener cuidado con ese tipo—, ¿de qué habla? —vuelvo preguntar en murmullo por temor a que alguien escuchara.

—Hablo del libro de la cocina de su abuela, ¿o acaso no tiene una abuela que vive en una pensión para adultos? ¿O su abuela no tiene un libro culinario ilustrativo?

—Y usted, ¿quién es...?

—Soy un médico. Siendo más explícito, soy el médico de su abuela. Ahora, si me permite, seguiré comiendo —propone agarrando la cuchara que todo ese tiempo esperaba pacientemente hundida en la sopa de cebolla.

II

Las letras y los números en negro sobre un fondo blanco, de una tarjeta plastificada que mi insólito cliente me dejó junto con el pago de su almuerzo, insinúan que tal Méloé Martín Rousseau, un médico nutricionista, desea que le llame. La situación me enerva, pero la intriga enciende mi cerebro. Es evidente que él no es un ciudadano juicioso que desea denunciar mis actos delictivos. También la idiosincrasia con la cual se presentaba todos estos días indica que actitudes tan abominables como chantaje y la extorsión son ajenos para él. Y esa rareza de llamar “ensilaje” los platos que consume en el bar, ¿no habrá de querer pedir que le cocine alguna receta del libro de mi abuela? Pero un nutricionista licenciado no puede desear probar algo que está prohibido por el Sistema de Cuidado de Salud e incluso por la ley que prohíbe severamente concebir a los animales como mercancías, ¿será posible? “la curiosidad mató al gato”, pienso mientras tecleo los números.



III

En la cafetería en donde nos encontrábamos a las tres de la tarde había poca gente. Además de una pareja ensimismada y un grupo de estudiantes que, después de tres pintas de cerveza para cada uno, cambiaron la charla por la disputa acompañándola con alteradas protestas y elevadas carcajadas, había un anciano sentado al lado de la ventana observando a los transeúntes, dos mozos y un barman. Los últimos tres, sentados en bancos altos al lado de la barra, susurran entre sí y alternan, de vez en cuando, sus miradas entre el grupo de estudiantes y nosotros.

Con los estudiantes está todo claro, ¿pero nosotros? Un hombre adulto de apariencia un poco pedante, impecablemente vestido con una costosa ropa notoriamente del salón de algún modista famoso, al lado de una chica menuda, de aspecto juvenil, de pelo corto y sobresalido como plumas de un gorrión asustado, de jeans sencillos y una camiseta que se venden por kilo en barrios populares, donde una tienda no es otra cosa que un container de chapa que huele a pis de gato y está iluminado con una luz opaca de una sola lámpara. No obstante, hay algo especial en él, algo endeble, una especie de debilidad o elegancia casi femenina, que tal vez se esconde en sus manos gráciles con dedos delgados y nudillos salientes, o en su mirada divertida y a su vez un poco perdida, o en sus rastas tan contrarias a su pedantería; y algo especial en mí, tal vez por la forma en que lo miro o como me rio abiertamente mientras que él me cuenta las historias sobre mi abuela. Miré mi reloj y dije que es la hora para despedirse agregando algo banal tipo “ni me di cuenta de cómo pasó el tiempo”. “Dime”, Rousseau bajó su mirada y la hundió en la taza de café, “¿Qué es herbma?” Y sin dejarme reflexionar y antes de que me pusiera una cara de desentendida siguió:

—Sé que sabes de que hablo. Me podés confiar en mí—se inclinó y susurró—he comido salchichas de cerdo.

—La saliva se atragantó en mi garganta.

—No sé de qué habla. De verdad no sé —respondí levantándome, pero Rousseau me agarró de la mano y hubo en sus ojos la desesperación.

—Las salchichas, ¿de verdad son alemanas? Así me dijo su abuela. Y también me mostró la grasa de tejón y aceite de pescado.

—Aceite de bacalao —se me escapó la corrección.

—¿Qué es herbma?— volvió a preguntar Rousseau ahora con su voz siempre tranquila y convincente.



—No lo sé, ¡doctor!— respondí con un tono suplicante pronunciando parcialmente cada palabra. La bronca se me brotaba—. Solo conozco una persona que me consigue estos aceites para mi abuela y de vez en cuando le compro las salchichas. Pero yo no hago nada delictivo. Es para mi abuela, para sus pulmones y el corazón.

—No estoy culpándote de nada. Al contrario, pido que me lleves ahí, a este lugar.

—¡Pero no conozco ningún lugar! Supongo que es un club o una tienda clandestina. No lo sé. Nunca estuve ahí ni sé la dirección. Créeme, doctor Rousseau.

—Cítame entonces con este tipo o averigua sobre el lugar. ¿No te da curiosidad?

—La curiosidad mató al gato— respondí y pensé que seguramente es un atisbo; recordar dos veces la misma frase. Siempre sospechaba que esa pequeña aventura de comprar cosas prohibidas tarde o temprano terminaría mal—. No le prometo nada. Si sé algo le aviso. Y le pido una cosa. No venga más a comer al bar o si va a venir ocupe otra mesa. Ya son tres semanas que pierdo mi almuerzo por atenderle.

IV

Era una cálida noche de otoño. Ahora el sol cede temprano y los faros de la calle, que se prenden más temprano que en verano, alumbran las diáfanas hojas que, aunque ya cambiaron su verdeo veraneo por multicolores otoñizos, todavía no se caen y siguen adornando los árboles. Sentada en un banco de la plaza y disfrutando esa belleza urbana espero que aparezcan Méloé Rousseau y Gregorio.

A Gregorio lo conocí unos cinco años atrás. En aquel entonces trabajaba en un restaurante como ayudante de cocina y él era proveedor de la mercadería. Recibir la mercadería era función del chef, pero como no se aguantaban mutuamente el chef cedió esa carga a mí. “¿Cómo anda el advenedizo?”, siempre preguntaba Gregorio mientras yo revisaba y elegía la mercadería guardada en su camioneta. “¿Todavía está vivo este bocazas?”, comentaba el chef firmando el cheque para Gregorio. Pero Gregorio no era parlanchín, ahora ya lo sé seguro, aunque en aquellas épocas en pocas ocasiones que lo he visto he notado que había algo contradictorio en él. Si había, alrededor suyo, más de tres personas, Gregorio hablaba mucho, bromeaba y, hasta; coqueteaba. Pero cuando estábamos en el patio a solos, él permanecía callado y serio. A diferencia de su comportamiento, sus ojos nunca cambiaban de expresión: siempre fríos, atentos, mirando con sospecha y desconfianza. Su desconfianza muda emperifollada en una extroversión pomposa tampoco me



inculcaba seguridad de su franqueza. Con pocas palabras: no me gustaba. Hasta que un día sucedió lo siguiente.

Recuerdo que aquel año el invierno fue crudo y prolongado. Los precios de las frutas y verduras, que para esta estación del año siempre son elevados, subieron hasta lo imposible. Milanesas de soja con chucrut era el plato de todos los días. “Estas demasiado delgada, Berenice”, comentó Gregorio en uno de aquellos días mientras yo, debido a costumbre, revisaba la escasa mercadería que él había traído para vender, “tienes ojeras y te tiemblan las manos”. “Es por el frío”, respondí y carraspeé en señal de prueba. “No, no es por el frío”, se acercó y me estiró suavemente los parpados, como lo hacen los médicos, “tienes ojos amarillos. Eres raquítica. No juegues con eso”. Me encogí de hombros sin responder. La palabra “raquítica” me resonó en el oído y me hizo apenarme por mí misma y probablemente esa pena se reflejó en mi rostro. Gregorio me observó, luego se acercó a una caja escondida en el fondo del baúl, se detuvo por un instante como si se hubiera arrepentido, pero repentinamente la abrió y escogió un frasco. “Dos cucharitas colmadas dos veces al día. El gusto es feo, pero eres una muchacha adulta y espero que no vayas a joder tu salud por el mal olor o gusto de remedio”, cerró baúl de su auto y quiso marcharse, pero como si recordase de algo se dio vuelta y me dijo en voz baja, “esconde el frasco y no le digas a nadie que yo te lo di. Si me preguntan voy a negar todo”. “¿Quién te va a preguntar?”, pensé un poco desentendida por todo lo que acababa de pasar, pero a él le dije “Gracias. Entendido”.

“Podes preguntar a “ese muchacho” si puede venderme algo rico”, me susurra mi abuela a los oídos al inclinarme para darle un beso de despedida en su flácida y suave mejilla. Esa misma tarde la fui a visitar en la pensión y le había traído algunos remedios y cosméticos de su mandado. Con la prolijidad inherente solo a las ancianas ella siempre revisa cada frasco y envase con comentarios quejosos controlando minuciosamente las fechas de vencimiento, marcas, composiciones y modos de uso. “No lo puedo creer, ¡la grasa de tejón!”, escuché su exclamación repentina y seguido una serie de preguntas, “¿Dónde?, ¿Cómo?, ¿No hay más veto o rehabilitaron los derechos para los medicamentos?, ¿Por qué siempre soy última en saberlo?” Reconocí en sus manos el frasco que me había dado Gregorio. Ya lo había destapado y lo olfateaba con una exageración de tal manera que sus fosas nasales se hincharon graciosamente. Tuve que explicarle el origen de ese frasco. Se puso triste y funesta, ya sea por el hecho de que no se levantó el veto o por el hecho



de que padezco el raquitismo, pero me miró examinándome, levantó un par de veces mis brazos y luego me tendió el frasco en mis manos diciendo que lo debería consumir, así como me lo indicó “ese muchacho”.

—¿Qué es “algo rico”, abuela? Te lo compro sin consultarle a Gregorio.

—No, no. Pregúntale a él. El sabrá de qué hablo.

Y Gregorio supo. A partir de ese momento lo empecé ver más seguido. El me traía “golosinas” para mi abuela: caviar rojo y negro, hígado de bacalao, sardinas ahumadas, salmón curado, ternera, conejo o pollo en escabeche. Una vez trajo escabeche de yacaré, que me pareció repugnante, y salchichas alemanas, la única cosa que comía yo y me gustaron con mostaza picante.

V

El primero en llegar fue Gregorio. Nos saludamos y le pregunté si era tan necesaria mi asistencia. Justo cuando Gregorio me contestaba que él no quería hacer cargo de nadie y que él solo nos ayudaría entrar en el lugar y después debíamos arreglarnos solos, apareció Méloé Rousseau. Estaba vestido con un conjunto deportivo de color lila, que le quedaba bastante corto y las medias de un nivel blancor se veían risiblemente sobre las zapatillas negras.

—Yo no dije que vamos a una fiesta de disfraces —ironizó Gregorio—. Pedí que se vistiesen con ropa discreta.

Rousseau se puso confuso y se ruborizó. Si no fuese por sus zapatillas tan marcadamente masculinas de talle no menos de cuarenta y cinco y su barba corta, el doctor podía pasar por una adolescente con su sonrisa disculposa y simpática, suave rubor sobre la fresca piel de sus mejillas y ágil y esbelta delgadez. Sentí por él una empatía y ganas de abrazarlo y protegerlo. Gregorio se encogió de hombros y restregándose las manos como si se las lavara dijo que no teníamos tiempo para cambiarnos y nos marchamos. Nos fuimos en su camioneta.

El camino era largo y como la noche bajó su siega oscuridad yo no podía distinguir por donde nos íbamos. Noté que el doctor también trataba de averiguar las calles que estábamos atravesando por el modo en que observaba la oscuridad omnímoda a través de la ventanilla. A veces se daba vuelta y me miraba con sus brillosos ojos; sus ardientes mejillas, consustanciales a un adolescente en preludio de una aventura divertida, insinuaban que él gozaba de toda esa situación. La alegría de su pasión me tranquilizaba, aunque



en el fondo de mi alma las dudas al igual que los gatos salvajes, me clavaban sus garras despertando mi inquietud.

—Estimado, ¿qué significa “herbma”? —Rousseau dirigió su pregunta al vacío y me di cuenta de que no los había presentado entre sí.

—Estimado —se burló Gregorio con un tono irónico mirándonos por el espejo— ¡qué tal la palabra! Hace rato la gente dejó de decir “estimado”. Herbma es un anagrama de hambre.

—Claro, es tan simple —balbuceó Rousseau—, podría haberlo adivinado. Hambre de algo prohibido no puede ser otra cosa que herbma.

—Hoy van de invitados. Pero si van a querer quedarse y entrar al club como miembros, van a tener que pagar las cuotas que pagan todos los socios —dijo Gregorio guiñándome el ojo—. Los recibirá el encargado de este club. Se llama Carlos. Él les explicará todo.

—¿Entonces no es el único club? —reflexionó Rousseau haciendo la pregunta que Gregorio no respondió.

Por fin la camioneta aparcó frente a un muro alto. No se veía ninguna entrada y tampoco se podía ver lo que había tras ese muro. Gregorio estacionó y bajó. Nosotros lo seguimos. Después de caminar unos cincuenta metros a lo largo del muro, Gregorio se volvió y se sumergió directamente en las profundidades de los arbustos. Ahora lo seguimos, adivinando sus pasos por el crujir de las ramas y el susurro de la hierba seca que pisaba.

En una de las copas de escasos árboles perdidos en la nocturna neblina se escuchó el cacareo de un urogallo y enseguida le contestó un búho con sus amenazantes ululatos. Se me puso la piel de gallina y sentí que me sudaban las palmas de las manos. “¡A qué proeza me atrevo, y al mismo tiempo tengo miedo de nimiedades!” —pensé. Llegamos hasta el muro y Gregorio hizo tres golpes: dos rápidos y el tercero espaciado. Enseguida, como si nos estuvieran esperando, se abrió un estrecho sector más parecido a una rendija que a una puerta y nosotros pasamos, aunque con dificultad, uno tras otro al otro lado. Nos recibió una silueta negra cuyo rostro nos impedía ver la capucha puesta sobre su cabeza. Gregorio se presentó y dijo que está con dos invitados. La silueta sin pronunciar una sola palabra nos dio la señal de seguirlo y se adelantó. Y henos aquí en marcha, sin hacer ruido otros cincuenta o cien metros a través de un territorio arbolado hasta salir a una fachada trasera de un voluminoso edificio.



Por su arquitectura, o más bien, su ausencia, el edificio probablemente era una especie de fábrica abandonada: una gran caja de ladrillos que la luna llena parecía teñir de amarillo. Después del extendido viaje el prolongado caminar a lo largo de la pared de la fábrica empezó a fastidiarme; el frío y el sueño se apoderaban de mí. Sentí un fuerte enfado y con el doctor Rousseau, que me involucró en este desagradable paseo, y con Gregorio que no aceptó llevar a Rousseau solo, pero lo peor de todo que no me quedaba otra que tragar esa bronca y seguir caminando: ellos delante, yo detrás, Rousseau con entusiasmo, yo insultándolo por mis adentros. Por fin, al doblar la esquina apareció una tenue luz de un farol que iluminaba un porche de cemento de tres escalones parcialmente devastados con el tiempo.

La silueta negra abrió la enorme puerta de hierro y volvió a señalar que entráramos. Pero Gregorio dijo que esta vez no iría y que solo nos había acompañado hasta la entrada, se despidió con una sola inclinación de cabeza y desapareció en la oscuridad por el mismo camino.

Nosotros seguimos por un largo zaguán de paredes desnudas pintadas con cal tenuemente iluminado por los limitados tubos fluorescentes, cada segundo de los cuales ya había cumplido con su periodo de la vida de modo que, parpadeando, o nos sumergía en la completa oscuridad o volvía a iluminar nuestro camino con una débil luz amarilla. El piso del zaguán estaba cubierto con baldosas viejas y sucias llenas de piedras, con los cuales yo tropezaba constantemente arriesgando cortar la suela de mis únicas zapatillas. Finalmente, la pesadilla caminante terminó y nos encontramos frente a otra puerta enorme. “Hay creencia de que todos los túneles terminan con una luz blanca y los pasillos con una puerta”, bromeó murmurando Rousseau. La silueta negra abrió la puerta de par en par y la luz blanca cegó nuestros ojos acostumbrados a oscuridad.

VI

Un aposento enorme, que otrora debió haber sido una sala de máquinas, estaba iluminado con múltiples focos cuyos rayos estaban enfocados y cruzados en el centro de la sala justo en el lugar que representaba una especie de escenario sobre cual había colocada, por arriba de unos leños y carbones, una cruz metálica ligeramente inclinada. Muy por encima de esa cruz, prácticamente pegado al cielorraso estaba instalado un purificador de aire de tamaño tan grande que yo jamás había visto antes. A lo largo de las paredes del aposento se veían mesas individuales servidas con bebidas y vasos. Los invitados de distintas edades formaban grupos, charlando entre sí o se acercaban a otros para dar la bienvenida a recién llegados e intercambiar novedades. Todos parecían estar familiarizados y unidos por unanimidad. Las paredes de la sala



estaban decoradas con lemas escritos con pintura blanca sobre lienzos rojos. “Todo de la tierra ha venido todo a la tierra se irá”, leyó Rousseau en voz alta. “No mates ni por diversión ni por placer”, seguí yo la lectura. “¡El hambre no es crimen! Comer no es matar, es salvar la vida en la tierra...”, era un lema más largo que no llegué a terminar porque se nos acercó un anciano de semblante simpático y con una sonrisa deslumbrante y, abriendo sus brazos en bienvenida, dijo:

—Ustedes son los novatos. Ya me habían avisado. Soy Carlos.

—Méloé —se apresuró a responder Rousseau estirando la mano en señal de simpatía.

—Berenice —también respondí yo casi en murmullo, pero Carlos, sin dejar de estrechar la mano del doctor en un apretón, exclamó:

—¡Qué lindo nombre, Berenice! ¡Significa la persona que lleva la victoria! Y nosotros necesitamos suerte y victoria. Bienvenidos, jóvenes. Vengan conmigo que pronto empezará la ceremonia.

Carlos nos condujo hacia una mesa cerca de la cual ya estaban varias personas a las que nos presentó y les pidió que nos ayudaran a sentirnos como en casa. Todos parecían muy bondadosos y locuaces y Rousseau inmediatamente encontró con ellos un tema en común. Les confesó que era un médico nutricionista y que no apoyaba a la doctrina que excluía la carne como alimento y, tanto más, la dura forma con que se cumplía esta doctrina mediante la ley y sus pautas que dictaban el delito y el castigo. Y yo preferí quedarme en la sombra agradeciendo con toda mi alma la labia del doctor.

Alguien le pegó a un gong y todos se pusieron atrás de las mesas mirando hacía una puerta que estaba en el otro extremo de la sala. De ahí salió una caravana y, bajo el eco zumbante del gong, inició su solemne procesión. La caravana la encabezaba un hombre vestido de una camisa blanca de cuello Mao, con un “Toque Blanche” de estilo champiñón y largo delantal negro. Tras de él iban cuatro muchachos vestidos de trajes negros y camisas blancas adornadas con moños negros en lugar de corbatas. Llevaban en sus hombros una camilla abierta sobre dos troncos arriba de la cuál yacía una canal de un animal. Se notaba que el animal estaba recientemente sacrificado, porque la lona de la camilla estaba completamente empapada de sangre que rezumaba y goteaba al suelo.

La caravana la cerraban mujeres vestidas de pastoras y muchachos vestidos de aldeanos que llevaban en sus manos bandejas de plata con platos llenos de manjares que eran difíciles de identificar a primera vista. A menudo que la caravana se extendía por el círculo pasando al lado de las mesas, el vaho, que salía de estos



manjares, invadía el aire, atravesaba nuestras fosas nasales y penetraba en los estómagos despertando un apetito apasionado.

—¿Para qué tanta pompa? —pregunté en voz baja al doctor. En vez de responderme Méloé puso un dedo sobre sus labios. Sus ojos brillaban de una incipiente excitación—. ¿Qué van a hacer con ese cadáver?

—No es un cadáver. Es un cordero lechal —susurró con irritación.

—No por eso deja de ser un cadáver —respondí irónicamente.

Mientras tanto las pastoras y los aldeanos depositaron los platos fragantes sobre las mesas y los invitados se acercaron para servirse. Como dijo Carlos, era su entrada preferida; unas tartaletas de hojaldre rellenas de ensalada de pollo y panqueques doblados en triángulos cubiertos con caviar rojo. En el centro de la mesa había un plato redondo con una especie roja formada en un círculo con bordes alrededor de cuales en forma de unos pétalos estaban colocados las croquetas de pan.

—Sírvanse —invitó Carlos—es todo muy delicioso.

—Por ahora con la ensalada de remolacha estoy bien —respondí señalando el plato con el círculo rojo.

—No es una ensalada de remolacha, princesa —Carlos agarró una croqueta, colocó sobre ella una pequeña porción del contenido del plato y me la ofreció con una sonrisa generosa de un anciano sabio—. Es carne *a la tártara*.

Le di un mordisco y sentí sobre mi paladar algo fresco, húmedo y viscoso, con un sutil sabor ácido. Apresuré a tragármelo rápido y sin masticar, antes de que mi paladar se conecte con mi imaginación. Luego escogí un panqueque y sacudiendo las bolitas aceitosas de caviar sobre el platillo que sostenía en mis manos, devoré la masa masticándola intensamente para eliminar el resto del sabor. A diferencia de mi sufrimiento, Méloé Rousseau parecía disfrutar de la comida y hasta me daba vergüenza verlo agarrar con una desmesurada frecuencia una cosa tras la otra, como un ogro hambriento, y engullirlas ávidamente. ÉL masticaba como un desaforado con la servilleta atada al cuello y yo, mirándolo, sorprendía de cómo puede verse tan extraordinariamente sexual un acto tan simple como masticar un panqueque.

Se prendieron más luces y a nuestros ojos se presentó un cuadro con el cadáver de un cordero colocado sobre la cruz y rodeado con leñas que el hombre en “Toque Blanche” prendió de fuego. El carbón que cubría el piso debajo del cordero parece que ya estaba calentado anticipadamente, ya que de él se extendía el humo que envolvía al animal.



De la misma puerta del fondo salieron unos hombres vestidos con disfraces muy originales y bien hechos. Llevaban en sus manos instrumentos musicales que tocaban y cantaban una música folclórica que no me era familiar. “Son *trobadors* o troveros”, murmuró Rousseau a mis oídos, “son músicos medievales”. Los hombres se dispersaron por toda la sala animando a la gente que dejando sus platillos sobre las mesas empezaron a bailar; algunos de a pares y otros individualmente.

Una muchacha pastora agarró a Méloé Rousseau por la mano y lo llevó al fondo, a bailar entre todos. Las gotas de la grasa de carne que freía goteaban sobre las brasas esparciendo un humo fragante que cundía y flotaba entre la gente despertando el apetito; los camareros traían sin parar vino en grandes jarras de barro, la gente llenaba de vino sus enormes y pesados vasos, tomaban y seguían bailando. El hombre en “Toque Blanche” con un cuchillo-hacha talaba los trozos finos y largos de la carne apenas frita; los pedazos los colocaba sobre hogaza de pan y los distribuía a todos los que se acercaban a su altar—calvario en llamas, extendiendo las manos y pidiendo la siguiente porción.

“¿De qué está tan feliz?”, pensaba yo cada vez que Rousseau sonriente aparecía delante de mis ojos comiendo algún sándwich que le servía el hombre en “Toque Blanche” o tomando vino o bailando con alguna muchacha pastora, “¿de verdad se siente feliz o es una enfermiza euforia provocada por la lujuria masiva?”

Mi abuela me contaba sobre esas fiestas que se hacían en las ferias, con carne asada que se preparaba en todos los puestos, cerveza artesanal y bailes. Pero ahora ver a coetáneos jugar a ancestros bárbaros imitando sus costumbres agrestes, tomando vino y bailando alrededor de un cadáver de un animal que acababan de matar, me parecía ver una mofa a ritos obliterados. Toda la cultura, que se basaba en el amor al prójimo y a los indefensos, toda la humanidad civilizada que se había criado durante tanto tiempo en la mente humana, ahora, en este momento, entre las paredes de ladrillo de una vieja fábrica abandonada, se estaba desmoronando en pedazos delante de mis ojos. “Bárbaros bailantes”, susurré impresionada por el parpadeo de las sombras sobre la pared, por el fuego ardiente, por el cadáver carbonizado de un animal del que casi solo quedaban huesos, de la gente ebria riendo, cantando, abrazándose disfrazados de pastoras y aldeanos, “mañana, vistiendo sus trajes urbanos, se sentarán ustedes en las oficinas y por la noche en sus casas leerán libros a sus hijos sobre el bien y el mal.



Mañana vestirán sus rostros con máscaras de civilización e, incluso, una mente profunda brillará en sus ojos. Pero hoy, al igual a unas fieras, están devorando la carne y en su estado excitado, sea de glotonería carnívora o de demencia masiva, ya no se ve ni la razón ni la bondad en sus rostros, sino sólo un rictus de maldad inhumana". "Eh, abuela", seguía pensar observando la multitud y tratando de no perder de vista a Méloé, "a partir de mañana no habrá más salchichas. No compraré nunca más nada a Gregorio. No pienso participar de esta locura, ni directa ni indirectamente".

VII

Una rareza que empecé a notar vagamente en los movimientos de los bailantes interrumpió mis pensamientos. Cesó el canto de los troveros, aunque la música de sus instrumentos todavía sonaba desde algunos puntos más alejados. Algunas parejas dejaron de bailar mientras que las otras, más ensimismadas, todavía se movían por la inercia. En el medio de "pastoras y aldeanos" distinguí unos hombres vestidos de uniforme de infantería que, con diestros movimientos trataban de dispersarse entre el gentío alegre.

"¿Y ahora qué?, pensé con entusiasmo, "¿el show sigue con nuevos personajes?". Pero "pastoras y aldeanos" comenzaron a comportarse de una manera extraña; algunos caían sobre el suelo con las manos detrás de sus cabezas, otros, en cuclillas, trataban de correr, terceros, sin embargo, igual a mí, simplemente se quedaban perdidos. El hombre en "Toque Blanche" giraba a su alrededor blandiendo su cuchillo—hacha como si estuviese siendo atacado por demonios invisibles. De repente escuché un ruido seco y el hombre en "Toque Blanche" se desplomó sobre las leñas justo por debajo del cuerpo del cordero descarnado con un agujero negro en su frente. Hubo un momento de completo y absoluto silencio que de repente estalló en un pánico, en un absurdo y caótico movimiento de gente llorosa.

Un paramilitar, joven y fuerte, subió al altar y al levantar su ametralladora saltó una ráfaga continua de fuego por el techo. Fue tan súbito, tan terrible, tan ensordecedor que retrocedí unos pasos. Fragmentos de ladrillo y yeso llovieron sobre nuestras cabezas como una lluvia de piedras. Como si hubiese sido por una orden todos caímos al suelo tapando nuestras cabezas con las manos. El silencio volvió a apoderarse, pero era un silencio amenazante, un silencio que sonaba con la respiración pesada y entrecortada de los hombres y los sollozos ahogados de mujeres.



—Todos ustedes son un vestigio vergonzoso del pasado —gritó el joven paramilitar teniendo el dedo sobre el gatillo de su arma levantada—, una basura, una carroña de nuestra sociedad ¿Así que les gusta torturar, matar y devorar la carne? — notó que la gente lo escuchaba y miraba, sin atreverse a levantarse y esa atención lo entusiasmaba aún más. Agarró al hombre muerto en “Toque Blanche” por los pelos y presionó su cara contra las ascuas del brasero humeante, pero aún ardiente.

Escuchamos un chisporroteo y un olor de carne quemada se extendió por arriba de nuestras cabezas—. ¿Alguien quiere un sándwich de carne de su chef? —hizo una pausa disfrutando su superioridad—. Con una gran satisfacción observaría espicharse a cada uno de ustedes y sus proles, sin embargo, lamentablemente, los debo dejar en las manos de la justicia —volvió a gritar—. Pero les advierto, si alguno se aviva de escaparse abriremos fuego. Y caerá quien caerá, sin pericias ni juicio. Ahora deben ponerse de pie y van a salir afuera uno por uno. ¡Ahora! —ordenó.

Empezamos a levantarnos y armar una fila. Los soldados con las caras escondidas tras de pasamontañas de camuflaje de color *kaki* tenían sus ametralladoras apuntadas contra nosotros y listas para disparar. Por el miedo y nervios que estaban a punto de explotar un incesante temblor atravesó todo mi cuerpo. Mis ojos buscaban frenéticamente a Méloé Rousseau, pero no lo veía por ningún lado. Alguien me empujó y tuve que avanzar. Las filas se estrecharon y la gente quedó prácticamente apretujada. Quizás fue una autodefensa intuitiva, mantenerse unidos lo más firmemente posible, pero para mí, encontrarme encerrada entre las caras desconocidas y nada empáticas, me produjo una especie de claustrofobia.

Comencé a vadear entre las personas mirando sus rostros y buscando los ojos de Méloé, únicos ojos que en este momento eran familiares para mí. Pero no los encontraba. Mi corazón golpeaba locamente y el temblor aumentando su frecuencia amenazaba terminar con un ataque de pánico incontrolable. Sentí un aprieto de unas manos fuertes sobre mis hombros; traté de sacudirlas y huir, pero esas manos fueron asertivas y al apretarme más fuerte todavía me obligaron a darme vuelta. Entonces vi sus ojos, los ojos de Méloé, cálidos y algo burlones, ojos de única persona que conocía en este gentío. Me aferré a él cerrando mis brazos detrás de su espalda. No quise y no pude perderlo y nada en el mundo en ese momento hubiera podido aflojar ese encadenado abrazo.

De repente se apagó la luz y la oscuridad por un momento confundió a todos, tanto a los militares como a los prisioneros. De nuevo se formó un silencio antinatural que ahora sonaba como el susurro de cuerpos en



movimiento, respiración rápida, los clics de los gatillos y los pocos, pero precisos órdenes del comandante tratando de reagrupar su equipo en nuevas condiciones. “Berenice —murmuró Méloé a mi oído— tenemos que aprovechar la situación y tratar de escaparnos ¡Berenice! ¡Quita las manos! ¡Debemos apresurarnos! ¡Bere...”. Un crujido seco de ametralladoras sonó fuertemente y el eco de gritos y gemidos le fue de respuesta. El silencio susurrante se ha convertido en un sonido de horror: cuerpos cayendo, aullidos, gritos, gemidos y maldiciones. Me quedé tan estupefacta que lancé un violento grito. Ante mis ojos pasó una llama, una detonación me aturdió y vi a los hombres rodar por el suelo. Méloé tuvo una sacudida y se movió extrañamente, como si de repente tuviera ataque de convulsiones; se le doblaron las piernas y, súbitamente, cayó de espaldas. Me apreté aún más contra él, como si temiera que se escapara y nos caímos juntos. Algo caliente comenzó a filtrarse a través de mi jersey. Aflojé mi abrazo y esperando las órdenes de Méloé levanté la cabeza para mirarlo. Nuestras miradas se cruzaron y aún en esa absoluta oscuridad pude ver su mirada, aunque una mirada inusitada: sin pestañear y sin emociones. Sus ojos eran un abismo; negro e infinito. “Doctor”, lo llamé, “¡doctor Méloé!”. Alguien se movió al lado empujando la cabeza de Rousseau que se inclinó transfiriendo esta mirada negra, vacía y sin pestañar de mí a la pared.

Traté de ponerme sobre las rodillas y accidentalmente me apoyé sobre el pecho del doctor. Mi mano se hundió en un líquido tibio y pegajoso. “Es el vino”, murmuré y dudé en la certeza de mi presunción. “Es el vino”, repetí con confirmación sin permitirme pensar lo contrario.

Comencé a vadear en ciego hacia el lado de la puerta por la que venimos, a menudo chocándome con las mesas volcadas y las sillas tumbadas, constantemente pisando los fragmentos de vidrio roto que crujía con repugnancia y dolorosamente se clavaba en las palmas de mis manos y las rodillas. Pero lo más aversivo era apoyarme sobre los cuerpos que yacían inmóviles y silenciosos, pero todavía cálidos y húmedos. Poco a poco mis ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad y entonces empecé a franquear entre los cuerpos y muebles, aunque de vez en cuando fue obligación aplastarse contra el suelo cubriéndome con alguno u otro cuerpo cada vez que volvía a sonar el crujido seco de las ametralladoras.

“Es el vino y simplemente duermen borrachos”, me persuadía presionando contra uno de los cuerpos y apretando con fuerza mis labios porque un líquido viscoso goteaba sobre mi cara, “es el vino y simplemente duermen borrachos”. En las ventanas estrechas pero oblongas en la parte superior de la pared, justo debajo del techo, aparecieron focos de los helicópteros moviéndose caóticamente a diestro y siniestro iluminando



el espació. Escuché como el comandante dio orden de revisar los cuerpos. A los que quedaban vivos los soldados deberían agrupar y a los mal heridos “liberar del sufrimiento, aunque esos hijos de su madre no merecían tal indulgencia”. Mis dientes empezaron a castañear y empecé a moverme con más prisa. Cuando las luces se alejaban me levantaba un poco asomándome por arriba de los cuerpos para determinar la proximidad de la puerta y la lejanía de los soldados.

En una de estas investigaciones a ciegas descubrí que la puerta no estaba, o más bien sí, pero estaba escondida detrás de una cortina con una ilustración alegre, y los soldados, por el contrario, estaban tan cerca que, si no hubiese sido por su atención ocupada mirando el cuerpo de una de las pastoras, sin dudas, estuviéramos cruzándonos nariz con nariz. Me caí de bruces o, mejor dicho, me desplomé, con mi corazón que por el miedo y el golpe se había atajado.

—Qué pena esa chica —decía uno al otro—. ¡Tan hermosa! Para qué se metan en estos líos, ¿me podés decir?

—Anda saber. Para mí, son todos un poco tocados —comentó otro y por la cercanía de su voz entendí que estaban viniendo hacía mí. El miedo me paralizó y lo único que temía que mis nervios me traicionaran y explotaran con alguna acción inexplicable que me podría llevar a la “indulgencia de ser liberada del sufrimiento”.

Todo lo siguiente pareció suceder en una dimensión temporal diferente. Los soldados se me acercaron y uno me empujó con la punta de su bota.

—Esta parece estar viva —comentó uno. El otro se bajó en cuclillas al lado mío.

—Se parece a mi hermana. No debe tener más de veinte años —respondió tocándome la cara.

—No te pongas sentimental. Si está viva hay que eliminarla.

—¡Qué va a estar viva! Está muerta más de cien veces ya. Está empapada de sangre y hasta, me parece, tiene el intestino por afuera.

—Asegúrate mejor si no querés tener problemas —aconsejó primero yéndose hacia la izquierda.

—Más vale. Lo menos que me faltaba es tener problemas por culpa de estas bestias—respondió su compañero levantándose y descargando una cadena de disparos sobre el cuerpo que estaba al lado mío. La sangre me salpicó el rostro y mis oídos se pusieron sordos. Mis ojos se abrieron solos y vi sus botas, luego



sus piernas, el torso y, en fin, nuestras miradas se cruzaron. Me encogí convirtiéndome en una bola solida de horror. El muchacho me miraba con una tristeza desesperante, pero de pronto se dio vuelta y se marchó. Furibunda y con una vesania creciente volví arrastrarme a hurtadillas a lo largo de la pared palpándola frenéticamente con mis manos en búsqueda de la maldita puerta. Por fin la encontré, pero estaba cerrada y muy pesada y pese a mis esfuerzos, pese a mi cólera no pude avanzar en abrirla. Me caí a su lado y lloré silenciosamente de impotencia. Luego la comprensión de la desesperanza nuevamente me devolvió la rabia y la vesania volvió a apoderarse de mí.

Empecé tirar del borde metálico de la puerta murmurando fuera de sí entre sollozos: “Puertita, puertecita, ábrete, buenita, linda mía, ábrete por favor”. Mis ensangrentados dedos se deslizaban, pero yo volvía una y otra vez a aferrarme a la puerta tratando de abrirla y hablando con ella, como si fuese un ídolo, único y todopoderoso, potencial de salvarme; le pedí, la persuadí y le rogué tenerme piedad y ella me escuchó, compadeció y sucumbió entreabriéndose y mostrándome una rendija de una luz tenue.

VIII

El largo zaguán, con sus lámparas parpadeantes y arena que cubre las viejas baldosas y que constantemente penetra en mi boca y la nariz, ahora para mí es un corredor de salvación. Seguí gateando y escupiendo la arena. Si tan solo ayer alguien me hubiese dicho que masticar arena meada por ratas y gatos sería para mí la cúspide de felicidad, me hubiese tomado a esa persona por un demente incurable. Sin embargo, hoy es mi realidad y deseo que ese zaguán no terminase nunca, porque en él, sucia y arrastrada, aprendí el sabor de la vida. No obstante, la puerta de salida se acercaba y junto con ella se acercaba la desesperación y el temor por tomar la decisión.

¿Qué me esperaba tras esa puerta? Seguramente el grupo comando rodeó todo el edificio. Pero tampoco había sentido quedarse, porque cuando todas las personas sean sacadas de la sala, los militares empezarán a revisar la fábrica en todos sus rincones. La puerta estaba frente a mí y solo tuve que empujarla. Me senté apoyando mi espalda contra la pared y estiré las piernas. Un dolor agudo atravesaba mi cuerpo. Me dolía todo: las rodillas, manos y piernas sangradas de los numerosos cortes; la espalda, de andar arrastrándome y la cabeza, de tanto miedo, susto y olor de la sangre.

Comencé a quitar lenta y cuidadosamente las esquirlas de vidrio de la palma de mi mano, chupando luego el espacio liberado para detener el sangrado. Me hacía tiempo. Quizás estos fueron los últimos minutos de mi



vida, el último tris de mi existencia. Disfrutaba el dolor porque significaba la vida. Intentaba razonar, sentía que tenía la muy firme voluntad de no tener miedo. “Moriremos y nadie se acordará de nosotros” —recordé las palabras de una canción—, “la luz se apagará en nuestros ojos y con el último aliento el cielo oscurecerá. La lluvia caerá sobre las lápidas donde seguramente estará escrito: han vivido, han devorado y han espichado”. Un sonido seco y lejano de una ametralladora me devolvió la conciencia.

Debía apurarme en tomar la decisión y era para mí tan imposible como caer en el abismo con tiradores; pero solo debía hacer un paso. “Un minuto más, solo un minuto”, me suplicaba a mí misma, pero mi instinto, mis ganas de vivir, el rechazo de haber obliterada de mi existencia ya hacía su trabajo: mi cuerpo arrastrándose se acercaba a la puerta y mis hombros se esforzaron poniéndose contra ella. Mi yo valiente se reía de mi yo cobarde, uno quería avanzar, otro se resistía y cada cual ganaba a ratos. “Un minuto más”, seguían murmurando mis labios, pero la puerta ya se abrió y como una serpiente, me arrastré hasta el porche y me apreté contra el cemento frío, escuchando los sonidos a mi alrededor.

“Un minuto más”, se hizo eco en mi cerebro y con agilidad de una liebre me deslicé por los escalones y me zambullí en un matorral de arbustos cuyas espinas y ramas secas dolorosamente se clavaron en mi piel herida. Escuché los ladridos de los perros y la orden del comandante de revisar el edificio. Un miedo espeluznante acalabró mi cuerpo y macilenta, desmoronada y vencida me desplomé sobre la tierra con el único deseo de que ojalá todo terminara para mí lo más rápido posible.

Dos fuertes bofetadas me volvieron a la conciencia. Abrí los ojos y vi una cara sería, pero infinitamente familiar. Era Gregorio. Me sacudía y abofeteaba y yo lo observaba, examinando su rostro, cada arruga alrededor de sus ojos asustados, alrededor de sus labios susurrándome algo; lo observaba tal como si hubiera querido llevar el recuerdo de sus ojos y labios susurrantes allá, a lo desconocido. Las lágrimas calientes se deslizaban por mis mejillas juntándose en las orejas y yo le sonreía porque sentía que lo amaba, a él, a Gregorio; lo amaba porque nunca, jamás he amado a nadie y porque quizás nunca tendré otra oportunidad de amar. Tal vez él vio ese amor en mis ojos o tal vez vio algo más, pero dejó de murmurar y quedó un instante mirándome en silencio, luego se inclinó y me besó los ojos. Los ladridos de los perros lo obligaron a levantarse repentinamente; me agarró por debajo de mis brazos y empezó a arrastrarme.

—Gregorio. Puedo ir sola. Solo dame unos minutos. Ya me levanto.



—No hay tiempo, Berenice, ni para un minuto más. Ahora van a saltar a los perros y ya no vamos a poder salvarnos.

—Andáte solo —gemí—es largo el camino. No voy a poder llegar. Andáte solo.

—Levántate. Es aquí no más.

—No es aquí no más. Lo recuerdo. Debemos ir a lo largo de toda la pared y después doblar a la derecha.

—No, Berenice, conozco otra huida. Y es aquí cerca. Solo unos pasos no más. La camioneta ya está esperando allí.

Clavé los talones en el suelo y rodé a cuatro patas. Las palabras de Gregorio eran como un bálsamo mágico. Gregorio se dirigió directamente hacia el muro, esa enorme valla que, según mis cálculos, debería haber estado a nuestra derecha. Lo seguí y pronto lo vi mover una pieza de madera liberando un estrecho espacio, una escapatoria hacia la salvación.

IX

Suavemente y sin encender las luces, la camioneta comenzó a moverse. Gregorio me ordenó que me tumbara en el asiento trasero y no diera señales de vida. Me recosté cubierta con una especie de trapos de lona que olían a gasolina y sintiendo como el auto iba aumentando la velocidad, apretaba por inercia mis pies contra los bordes del asiento, como si la velocidad dependiera de mí, y con ello nuestra salvación. Escapar, huir y volar lo más lejos posible de esta pesadilla, eso era mi único deseo. Olvidar u olvidarse.

—Gregorio, ¿será posible olvidar todo eso? —murmuré.

—El tiempo cura todo.

—He visto la muerte. He visto la gente convertirse en animales.

—Somos los mismos animales —Gregorio se escogió de hombros y permaneció un tiempo callado—. Aunque tenemos la habilidad de la humanidad.

—¿Humanidad? Esa noche no hubo humanidad ni tampoco civilización. Los animales no matan a los de su propia especie.

—Claro que sí, Berenice. Los animales no solo matan por hambre, sino por el liderazgo también.

—¿Y por una ideología?

—No, por la ideología no. Todavía les falta aprender eso de nosotros.

—No entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué todo eso?



—Las manos de la humanidad están hasta los codos en sangre. ¿Cuya sangre no está ahí? Hay de todos. ¿Y todo por qué? Por el hambre. Tenemos hambre de toda clase: de comida, de poder, de gloria, de perversiones. ¿Cuándo por fin nos saciaremos?

—El doctor Méloé —recordé su cuerpo convulsionando y sus ojos congelados —si no fuera por él, no estaría ahora aquí. —se me quebró la voz.

—No hables, niña. Ya pasó.

—Y si no fuese por mí, él ahora estaría vivo. —no me podía controlar ahogándome en mis sollozos.

—Tal es el destino.

—El hombre en “Toque Blanche”, las pastoras y los aldeanos... —no pude seguir tragando las lágrimas.

—Tienes que olvidar a todos, Berenice. Así será mejor para ti.

—El comandante, yo —volví a hablar, pero me perdí el hilo—. Yo...—traté de retomar la conversación, pero mis parpados se pusieron pesados y mi lengua se endureció—. Yo...—pronuncié por última vez y desaparecí en un profundo sueño. Gregorio conducía en completo silencio. A veces apartaba la mano del volante y sacudía algo de su mejilla. Probablemente lágrimas.